

TIEMPOS DE GUERRA
Waorani contra Taromenane

Miguel Ángel Cabodevilla
Randy Smith
Alex Rivas

TIEMPOS DE GUERRA
Waorani contra Taromenane



**ABYA
YALA**
Quito-Ecuador
2004

TIEMPOS DE GUERRA
Waorani contra Taromenane

Miguel Ángel Cabodevilla
Randy Smith
Alex Rivas

1ra. Edición Ediciones ABYA-YALA
12 de Octubre 14-30 y Wilson
Casilla: 17-12-719
Teléfono: 2506-247/ 2506-251
Fax: (593-2) 2506-267
E-mail: editorial@abyayala.org
Sitio Web: www.abayala.org
Quito-Ecuador

Impresión Docutech
Quito - Ecuador

ISBN: 9978-22-379-7

Impreso en Quito-Ecuador, 2004

ÍNDICE

PRÓLOGO - Proteger a los Taronenane . . .	9
1RA PARTE - CICAME, Miguel Ángel Cabodevilla y Juan Carlos Andueza . . .	13
Capítulo 1 - Comentarios sobre un ataque wao	15
El rumor inicial	16
Entre el morbo, el desinterés y las noticias	18
Discursos de dirigentes indígenas	20
Opiniones, silencios y mudos	23
La autoridad desvanecida	25
Parte después de la batalla	26
Capítulo 2 - El grupo que surgió del caos	31
Cuando nuestra historia es solo lo desconocido	32
Taronenga onguipo	34
Las señas de identidad de los “otros”	36
Las palabras de la tribu	38
El clan desangrado	39
Penúltimos datos e interrogantes	42
Hipótesis para seguir investigando	44
Capítulo 3 - Tiempo de guerra	47
Preludio wao	47

La fiesta de Tigüino	53
El ataque	55
Algunos datos convincentes	58
Detalles por evaluar	60
El avispero excitado	64
Posdata interna	65
Capítulo 4 - Aproximación a los acontecimientos del Curaray	67
Todavía el rito de las lanzas	67
Causas y cuestiones pendientes	69
Las organizaciones	72
Un acercamiento interesado	72
Dos propuestas, para finalizar	74
Anexo	77
2DA PARTE - Randy Smith	83
Capítulo 5 - La problemática territorial Taromenane	85
1. Introducción	85
2. La Zona Intangible	88
3. La masacre de los Taromenane	89
4. Los Taromenane ¿Quiénes son?	94
5. La comunidad de Bataboro y Tigüino	97
6. Intereses que rondan el mundo Taromenane	98
7. Historia de los Waorani	110
8. Historia del conflicto entre los Taromenane y los Waorani	113
9. La amenaza kichwa en el sector del río Curaray	117
10. Si se enterara en contacto con	

los Taromenane, hoy ¿qué les sucedería?	120
11. Conclusiones y recomendaciones	123
Literatura consultada	129
 3RA PARTE - Alex Rivas	 133
Capítulo 6 - Sistema mundial y pueblos indígenas en la Amazonía. A propósito del ataque a los tagaeri . .	135
Introducción	135
Indígenas y sistema mundial	137
Los waorani: contacto y subordinación	141
La guerra amazónica: una categoría sistémica	144
Antropología social, sistema mundial	148
Modelo asistencial y tagaeri	150
Los eventos de mayo de 2003	151
Efectos e implicaciones	154
Palabras Finales	159
Referencias bibliográficas	161

PRÓLOGO

Proteger a los Taromenane

Los periódicos ecuatorianos, en días recientes, se han hecho eco de una triste noticia: en el zoo de Barcelona (España) ha muerto “Copito de nieve”, el único gorila albino conocido. Un hecho triste, sin duda. Se nos ha recordado la biografía de ese ser animal, lo irreparable de su desaparición pues no deja descendientes semejantes; al mismo tiempo se detallaban los enormes esfuerzos realizados hasta el final para procurarle la salud. Todo parecía poco para salvar al ser excepcional. Cualquier persona sensible lo puede comprender. Los niños quedaron muy tristes y también quedó malparado el negocio del zoo barcelonés. No tienen otra estrella de parecido atractivo.

Por otro lado hace ya diez días que no cesa la prensa de reflejar en sus páginas la muerte de seis personas en un asalto en Guayaquil, el llamado asalto Fybeca. Al parecer se dieron en el mismo, circunstancias graves en cuanto a descontrol o abusos policiales. En este último suceso están interviniendo instituciones prestigiosas de Derechos Hu-

manos nacionales e internacionales. Es necesario aclarar bien ese asunto, de lo contrario todo el armazón ético y legal de una sociedad quedaría en entredicho.

Disculpen estas odiosas referencias, que no comparaciones. A finales de mayo de 2003 fueron asesinadas 15-20 personas en las selvas amazónicas ecuatorianas, cercanas al Curaray; formaban parte de un muy pequeño pueblo indígena en trance de extinción. Algunos advertimos que, de no tomarse medidas urgentes, era muy probable la repetición de la matanza y, por tanto, la extinción total de ese grupo. El asalto se produjo a manos de gentes bien conocidas y en un lugar donde la violencia de distintas formas se acumula en los últimos años. Seis meses después apenas se hizo nada, fuera de las consabidas promesas de los líderes indígenas, una investigación fiscal inconclusa y el desinterés de la mayoría.

¿Cuántos más Taromenane deben morir para que a la sociedad ecuatoriana le importe su destino?, ¿realmente el desprecio por la suerte de los indígenas no representados puede alcanzar esas cotas? Entre las víctimas se contaron al menos (están las fotos de los cadáveres) seis mujeres indefensas y otros tantos niños. Pero su vida no vale nada. Incluso hubo un periódico en Ecuador que se permitió pasear en victoria por el país a algunos de los implicados en la matanza. Muy

pocos protestamos por semejante indignidad. Los madereros ilegales, tan fáciles de controlar en el río Tigüino y que saquean nada menos que santuarios naturales como el Parque Yasuní y la Zona Intangible, estaban de nuevo en su negocio a menos de un mes de la masacre. Dirigentes indígenas, autoridades con prisa, etc., revolotearon un poco por el lugar de los hechos y pronto volvieron a sus urgencias, asuntos de importancia y amplios comederos.

Los Taromenane, seres a quienes pertenece esa selva desde hace miles de años, han sido condenados, tácita o expresamente por unos y otros, a su desaparición. Ecuador puede pasarse muy bien sin ellos.

Por eso, los escritos que siguen van dirigidos a la conciencia nacional, esa sustancia tan volátil y efímera; a las autoridades civiles, militares e indígenas, que descuidaron sus deberes y volvieron la cabeza a otro lado.

Unas páginas pertenecen a misioneros capuchinos del Vicariato de Aguarico que fueron escritas, y en parte publicadas, muy poco después de los hechos, tratando de informar y alertar al país sobre ese hecho gravísimo. Fueron recibidas con silencio (de la mayoría) y gritos (de dirigentes indígenas). Sin embargo su ánimo no era, ni es, polémico. Pretendieron dar, con urgencia y de manera provisional, algunos datos que permitieran

comprender el suceso, ofrecer pistas para prevenir otros actos semejantes y proteger adecuadamente a los supervivientes. En este momento CICAME, con nuevos datos e investigaciones, prepara un estudio más pormenorizado de los hechos, actores y circunstancias que se desarrollaron en torno a la matanza, así como de los sucesos producidos con posterioridad.

Por otro lado, de manera autónoma, Randy Smith ofrece su propia versión. En parte coincidente o en otra discordante con la de los misioneros. En todo caso se trata de testimonios unidos en un mismo objetivo: lograr una intervención en la zona que permita la convivencia de grupos ahora enemigos y que en cualquier momento puede producir nuevas muertes.

Son materiales interinos, provisionales. Sin embargo aportan datos para el conocimiento de los hechos, útiles también para discutir las políticas necesarias y urgentes que deben ser desarrolladas en el escenario, de forma coordinada, para prevenir el exterminio de un pueblo.

Miguel Angel Cabodevilla
Quito 7/12/2003

1ra. Parte

CICAME
MIGUEL ÁNGEL CABODEVILLA
JUAN CARLOS ANDUEZA

CAPÍTULO 1

COMENTARIOS SOBRE UN ATAQUE WAO¹

Miguel Ángel Cabodevilla

Finales de mayo, 2003: se acaba de ases-
tar un golpe, casi mortal, a un clan humano
milenario. Ecuador ha asistido, sin inmutar-
se, a lo que pueden ser los prolegómenos
del inmediato exterminio de un grupo selvá-
tico libre. Por simple azar me ha tocado estar
presente, de alguna manera, en ese desdicha-
do momento y, como se trata de un asunto

¹ El texto fue elaborado durante la estancia del autor en Ecuador, que fue entre mediados de mayo y junio. Casi en su totalidad, junto a los dos textos que siguen (El grupo que surgió del caos y Tiempo de guerra), fue publicado en la revista Iconos, FLACSO, n° 17, septiembre 2003. El último de esos textos citados fue asimismo recogido por la revista Enfoques Ambiente, de la Gerencia de Protección Ambiental de Petroecuador, octubre 2003. Además el autor publicó sobre el tema dos editoriales en el periódico El Comercio en los días sucesivos al ataque.

En todo caso, el lector que quiera entrar al fondo del tema, haría bien en consultar otras obras editadas por CICAME, tales como *Los Waorani en la historia de los pueblos del Oriente*; *Los últimos Waorani, Coca, la región y sus historias*, *En la región del olvido*, etc.

grave, me preocupa de manera especial. Quisiera ofrecer mi apreciación de las circunstancias y los hechos, allí hasta donde me ha sido permitido conocerlos. Confío en que, confrontada con la de otros testigos afectados, sean indígenas o no, y de cualquier cercanía con el asunto, puedan ayudar a encontrar una solución más adecuada que la de la despreocupación generalizada, la imprevisión ante futuros sucesos, o el sacrificio final de un grupo humano de raigambre histórica.

A mi entender se trata de un fracaso colectivo. La calidad de una sociedad se juzga por la capacidad de dar protección a sus miembros más débiles; resulta evidente que en este caso no hemos sabido hacerlo con eficacia.

El rumor inicial

El primer rumor, que no convenía confundirlo con una noticia, me lo hizo saber Milagros Aguirre, periodista de El Comercio, apenas llegado yo a Quito, después de dos años de ausencia del Ecuador. En resumen se trataba de lo siguiente: la ONHAE daba aviso de un ataque waorani contra tagaeri; se supone que han matado hasta 30 personas en algún lugar cercano al río Curaray; incluso advierte que los guerreros trajeron consigo la cabeza de uno de los enemigos; la organización adjudica desde el inicio, la mentalización de esa matanza, incluso su organización

práctica, a los madereros que operan en el sector del río Tigüino.

¿Te parece todo esto verídico, probable?, pregunta Milagros. Hay que confirmarlo de inmediato, le digo; probablemente habrá mucha mixtificación en ese comunicado y quizá alguna verdad.

Cuando llamo de seguido a Coca, sé que en la Misión tenemos una primera respuesta, muy valiosa. Esto ya es noticia, es decir, hechos confirmados: dos de los agresores wao-rani han dormido allí, llegados recién de su sangrienta correría, han llevado con ellos armas robadas en el asalto y, claro está, muchas noticias. Se muestran ansiosos por hablar. Juan Carlos Andueza, a quien fueron a buscar, graba sus relatos en Coca, después en su propia comunidad de Tigüino, aún con la tensión propia de los guerreros tras una cruzada de exterminio. Fotografía las armas y objetos capturados (bodoquera, lanzas, hamacas, etc.) y remite las imágenes a Quito donde tratamos de coordinar el flujo incesante de informaciones. En ese momento ya contamos con indicios suficientes para establecer hipótesis novedosas sobre lo sucedido y adelantar algunas certezas notables.

La Misión está recolectando información verídica, tiene, sin duda, más datos verosímiles que nadie en el país; sin embargo no juz-

ga oportuno hacer un pronunciamiento oficial en ese primer momento y, de inmediato, los acontecimientos le rebasan.

Entre el morbo, el desinterés y las noticias

Dentro de la prensa, desde el inicio, el negocio le gana cuerpos a la información. *El Extra* de Guayaquil envía su reportero a Coca, el cual hace pareja rápidamente con otro local de su estilo. El resultado (después del pago previo a informantes Babeiri) es una cabeza humana en primera plana, grandes titulares, escasos datos comprobados y ninguna capacidad de comprensión respecto a la envergadura del problema de fondo. En definitiva, la acción está, desde el comienzo, oscilando entre la crónica roja, el morbo sensacionalista y una inefable complacencia para los supuestos asaltantes a quienes pasarán pública y victoriosamente por la ciudad unos días más tarde. ¿Acaso son unos héroes?, ¿Tal vez salvajes ignorantes y pintorescos que no dudan, tras la supuesta hazaña, en pasearse desnudos por playas y ferias del puerto principal? Ya que mataron a 15-20 personas y con ello se hicieron famosos, ¿por qué no darles un paseíto por ahí?, ¿qué mejor imagen, nacional e internacional, para la joven y emprendedora provincia de Orellana?

Pero nadie mostró estupor por ese manejo. Las organizaciones indígenas reacciona-

ron levemente y con tardanza; ninguna autoridad, comenzando por las de Orellana, dijo nada ante esa farsa grotesca.

La prensa llamada seria, las estaciones televisivas o radiofónicas apenas reaccionaron. Tarde, y por breve tiempo, dos periódicos desplazan un enviado a las cercanías de los hechos; no puede decirse que el hecho, una matanza en toda regla, haya sido investigado con un mínimo de rigor. *El Universo* hizo un seguimiento algo más detallado. Tuve la ocasión de rechazar los días siguientes algunas entrevistas. Los supuestos profesionales que- rían confrontar nuestras noticias, esto es, informes sustentados por indagaciones y reflexión, equiparándolas con infundios de cualquier tipo, faltos absolutamente de cualquier comprobación, aduciendo que se trataba de presentar ante el público “opiniones diferentes”, o con la absurda pretensión de que “todos tienen derecho a exponer su opinión”. ¿Cómo desenvolverse entre quien no hace distinción entre opinión, patraña, chisme o simple tontera?

Tampoco esta vez, según se desprende del tratamiento otorgado por los medios de comunicación nacionales, ha interesado en Ecuador un suceso semejante. Se dan cita en esa desidia los temas de siempre: la repulsión y desdén generalizados que causan los temas orientales en el resto del país, la ignorancia arraigada sobre el tema, la marginali-

dad de los “asuntos de salvajes”, naturalmente la consabida necesidad de prestar atención a temas políticos nacionales de más envergadura...

He tenido oportunidad de conversar esos días con algunos periodistas de diferentes medios; por lo general se mostraron amables pero, en su casi totalidad, de una lejanía tal con el tema, tan escasamente documentados en el contexto de la noticia, que uno creería hablarles de ciencia ficción, de un país tan remoto y ajeno como pudiera ser algún espacio interplanetario.

Discursos de dirigentes indígenas

Si los diferentes dirigentes indígenas (Onhae, Confeniae, Conaie, Coica) han quedado bien o mal parados en este suceso juzguenlo los lectores, oyentes o televidentes de esos días.

¿Quién de entre ellos, cuándo y por cuánto tiempo acudió al lugar de los hechos?, ¿cuándo y con quién de los protagonistas se han entrevistado? Debe ser secreto bien guardado, nunca lo dijeron. Como parece evidente hubo entre ellos una consigna de entrada, un guión marcado y a él se han atenido con más o menos vacilaciones, respondiendo siempre a preguntas concretas con declaraciones de principios, hurtando el discurso a cualquier detalle de lo sucedido.

Dijeron que se trató de una acción organizada, financiada y dirigida por madereros, cuando los propios ejecutores waorani proclamaban una y otra vez lo contrario. Nunca afrontaron esa palmaria contradicción. Dejaron pésimo a sus compañeros (títeres en manos de criminales) y no mostraron nada de sus supuestas alegaciones. Alguno repitió también la eterna cantinela de las compañías petroleras como causantes de las muertes. Nunca mostraron prueba alguna a favor de sus argumentaciones, como no fueran las ilógicas declaraciones de la existencia de pistolas y otros absurdos en el lugar de los hechos. Pocas veces ha quedado tan de manifiesto la lejanía entre la dirigencia y sus bases, el alejamiento inabarcable entre los discursos de finalidad política y el crudo realismo de las actuaciones culturales de sus gentes. Actuaciones de esta naturaleza de seguro les otorgarán muy poca confianza tanto ante la opinión pública nacional como ante sus representados.

Quizá el culmen de su descarriada argumentación fue esa pretensión de que nadie debe meterse en asuntos de indios. Como en una paródica reproducción de algún régimen absolutista, alguno de ellos definió lo que puede pensarse y lo que no, dónde se puede preguntar, o qué se debe opinar. Una pretensión insostenible desde cualquier punto de vista.

Mi impresión fue que no sólo estaban desinformados, sino también claramente desinteresados; al menos en sus mandos nacionales. Después de días del suceso, en la rueda de prensa convocada, todavía no aportaron un solo dato concreto, ni siquiera una comprobación. Se limitaron a repetir cansinamente el discurso político que les pareció apropiado. Oyéndoles, cualquiera pudo comprender que estaban mucho más interesados en la caída del Ministro de Energía que en la sobrevivencia del resto de indígenas no contactados. Es más, ni se refirieron en ningún momento a la suerte de éstos. ¿Propusieron alguna medida concreta de control del territorio, de actuación entre los grupos circundantes, de coordinación para la búsqueda de explicaciones y conocimiento?

Si han de ser tratados como mayores de edad política y social deberán sostener sus discursos con más argumentos y eficacia. Seguramente deberán saber qué sucede en su propia casa con algo más de precisión y, también, actualizar sus argumentaciones al cambio incesante de las condiciones culturales, sociales y económicas de las gentes orientales. En este caso mostraron una asombrosa desinformación. La entrada de dirigentes waorani en compañía de militares, policías y fiscales para enterrar sumariamente algunos de los cuerpos lanceados, tampoco representó probablemente el momento más lúcido de su dirigencia.

Opiniones, silencios y mudos

Suele ser habitual en Ecuador que se den opiniones sobre un hecho, en el caso de suceder en el Oriente, sin tener noticias exactas del mismo; basta con rumores. Ahora ocurrió otro tanto.

Se puede espigar entre los periódicos de esos días un buen surtido de discursos más o menos floridos sobre un tema que para nada estaba claro: quién había matado a quién, de qué manera, por qué, qué era de los supervivientes si los hubiera, qué podría pasar en lo sucesivo en la misma zona? Una vez más, pronto se hacía dueño de la cancha la retórica, la ausencia del estricto espíritu investigador.

Por lo común, dejando de lado cualquier acercamiento a la realidad diferenciada del hecho, los comentaristas llevaron el agua al molino de moda: ¿debe o no intervenir la justicia ordinaria en este caso, tal como pretendía el fiscal de Pastaza?, ¿existe una justicia indígena o debe ser admitida y reglamentada? Se trata siempre de hacer girar las cosas sobre el punto de vista de la mayoría, sin hacer siquiera un módico esfuerzo en poner el suceso bajo el punto de vista “del otro”. Una vez más me sublevaba el hecho de que se pasara sobre puntillas sobre la matanza de 15/20 personas, no se analizaran suficientemente sus causas, ni menos

aún se viera la urgencia de acometer la proyección de los vivos en la zona y las medidas urgentes para paliar la inmediata y previsible violencia.

Pero quizá lo que tuvo un eco más perceptible esos días, para quien estuvo atento durante las jornadas, fue el sonoro, sublime silencio, de los especialistas. Silencio de las esferas estelares; nadie dijo nada, fuera de unas pocas cosas irrelevantes. No obstante, ese mutismo fue un acto de sabiduría. Desde la muerte de Alejandro e Inés*, ¿qué se ha hecho en el país, desde el punto de vista académico, por el conocimiento adecuado de un grupo humano que debería protegerse como un talismán antropológico y cultural? La respuesta más adecuada se dio en esos días. Nada. El silencio.

El caso de la repentina mudez entre los petroleros es diferente. Porque alguno de ellos sí saben, pero no cuentan. Una fotografía satelital descubre en la selva profunda no sólo una casa aislada, sino incluso a quienes ocupan su patio. ¿Dónde se almacena y procesa toda esa información, así como la que proviene de los numerosos sobrevuelos?, ¿existe alguien controlando todo eso, aplicándolo al salvamento primordial de los grupos aislados que pueblan y son dueños de las selvas desconocidas?

* 21 de Julio de 1987. Monseñor Alejandro Labaka y Hna. Inés Arango.

Damos acá con el tema del control del territorio, de las políticas sociales y de seguridad, en fin, con la pregunta del millón, ¿hay alguna autoridad en el Oriente que merezca tal nombre, quién la ejerce y qué responsabilidades ha asumido ante una matanza semejante? ¿Acaso ustedes han oído algo sobre esto? Recuerden, se ha dado una matanza, no es que hubo un accidente natural, un terremoto o un deslave, algo difícilmente controlable. ¿Ha dimitido alguien de su puesto de control en la zona de la masacre, o siquiera ha mostrado su contrariedad por el horrible suceso, se ha hecho cargo alguien de tamaño descontrol y desidia?

Nadie se ha sentido aludido. Tampoco las autoridades indígenas que no dejan a los demás entrar en sus asuntos. Es como si no hubieran muerto personas, ciudadanos. Simplemente desaparecieron otros fantasmas errantes.

La autoridad desvanecida

Sabemos que hubo autoridades dispuestas a volar al lugar de los hechos, cuando ya era un campo de cadáveres, levantar un acta apresurada y dar sepultura a los cuerpos hallados más a la mano. También han declarado algunos que levantarán un proceso sobre el caso. ¿Eso es todo? Al parecer hubo un Ministro que prometió poner agua entubada y luz a los

indígenas aislados, pero esto ha de entrar en el capítulo de bromas pesadas o desvaríos.

¿Han tenido ustedes la sensación de que existan para el caso autoridades expertas, enteradas, que han sabido dar respuesta adecuada al problema?, ¿o más bien parece que quieran, torpemente, cerrar el caso con alardes de control para la galería, del todo fuera de lugar? El caso ha puesto, a la vista de todos, la ausencia flagrante de dirección, de acciones coordinadas en torno a los waorani, su territorio y sus necesidades. Hubo caos mucho más que orden, autoridad ausente o desaparecida.

Es la segunda vez en un año que ese grupo waorani, bien conocido, causa muertes violentas; en la última decena de años hay un rastro nada desdeñable de víctimas en torno a su poblado. Por tanto no debería ser una sorpresa para alguien interesado y conocedor de la zona. El poblado de Tigüino nació ya y se sigue manteniendo en un nudo de conflictos, incumplimientos y tensiones de varios tipos que ha producido ya demasiadas víctimas. ¿Por qué es ese precisamente el lugar de donde surgen en los últimos 15 años las mayores violencias entre los Waorani?

Parte después de la batalla

Aunque hay zonas oscuras en la narración de los hechos que conviene aclarar, se pue-

de hacer una sinopsis inicial de los mismos con alguna garantía de certeza.

El ataque, defensa y represalia a un tiempo, tuvo, como suele ser tradicional en ellos, largos y enrevesados precedentes y una ejecución sumaria. Fueron nueve los ejecutores, casi todos veteranos, alguno de ellos tanto que apenas pudieron hacer la larga caminata, de distintos poblados actuales aunque aliados por la consaguinidad, la familia o puntos de interés común. La ocasión inmediata de la coalición fue una fiesta.

Insistimos en que se trata de Waorani que viven en una frontera de violencias constantes, de lado y lado. Apretados por la colonización incontrolable, las petroleras todopoderosas, el negocio tentador del turismo, las intrigas y trampas de los madereros; todo ello forma un mundo en su entorno que no controlan nunca, que les supera y envuelve de forma abrumadora. Si muchas veces se muestran exasperados, irritables o violentos no debe extrañar a nadie, sometidos como están a constantes tensiones.

Por el otro lado de la frontera tienen su pasado waorani, en forma de un grupo aislado, pretérito aún lleno de deudas por cobrar y amenazas latentes. Entre los asaltantes hubo hijos de quien eliminó hace años al padre del clan Tagaeri; hermanos de Carlos Ome-ne, muerto a manos de éstos en 1993; parientes de la viuda; otros, simplemente, veci-

nos de un grupo incierto que estaba creciendo en su proximidad y que suponía un creciente peligro. La vida de la selva oculta está llena de asechanzas, amenazas explícitas o receladas. Los cazadores waorani habían tenido encuentros recientes y peligrosos en el monte e informaciones no del todo claras sobre la naturaleza y composición de esos vecinos poco amistosos. Se cruzaron muchos elementos explosivos: deudas de sangre por vengar, la ansiedad por un vecindario peligroso e inexplorado que ocupaba tierras propias, suelo donde descansan los huesos de sus antepasados, donde crecían las chontas plantadas por los familiares... Se dieron, además, otros motivos: el ansia de los viejos guerreros, la sensación de superioridad e impunidad que les otorgan su condición de “civilizados”, las armas de fuego, etc.; también pudo haber, como tratamos de indagar, móviles ajenos a ellos.

Repetimos que existen, tanto en la preparación del ataque como en su ejecución, aspectos a esclarecer. Pudieran darse aún sorpresas. No obstante, en resumen, nos inclinamos por describirlo como una acción típica de cierto comportamiento waorani bien conocido: en circunstancias dadas, la mejor defensa es un buen ataque. Cosa que hicieron con resolución y sin duda alguna sobre la legitimidad de su acción. De ahí la no ocultación del ataque, el corte de la cabeza

enemiga, el robo de sus pertenencias y su posterior exhibición, incluso los preparativos para futuros ataques. A ojos de los Waurani más veteranos y menos afectados por los valores de los blancos, este asalto pasará a formar parte de su leyenda oral y sus autores al friso de los héroes, aunque con la peligrosa dualidad de tales personajes en el panteón wao.

La acción se realizó con especial encarnizamiento. No sólo se quería eliminar a vecinos indeseables, sino también conseguir información sobre la suerte de los Tagaeri y las circunstancias de los otros desconocidos habitantes del área. En este sentido, los Babeiri hicieron, aunque nos parezca mal la forma de su proceder final, lo que la sociedad ecuatoriana (y acá estamos todos) no ha hecho durante los últimos 15 años: reaccionar ante unos decisivos cambios que se habían producido en su cercanía, tratar de poner ahí un orden que otras instancias no hacían.

Los hechos muestran la fatuidad de cierta práctica antropológica y pseudo-conservacionista que alienta la defensa idílica e irreal de selvas intocables, intangibles, pobladas de seres ancestrales en algún estado de pureza humana que siempre me ha resultado imposible siquiera imaginar. Los seres humanos, por lo común, no pueden ni quieren permanecer aislados, necesitan conocerse, relacionarse, mezclarse. Cuando se trata de grupos aisla-

dos, la fragilidad y peligrosidad de ese contacto salta a la vista, de modo que si no se prepara adecuadamente y se cuida al máximo, la probabilidad de una tragedia se multiplica.

Como decía Alejandro Labaka, el contacto con estos grupos es muy delicado, comprometido y, con frecuencia, penoso; el no contacto resulta mortal para ellos.

En definitiva, después de la batalla última tenemos demasiadas víctimas, a más de otras en perspectiva inmediata si no actuamos con celeridad y sabiduría.

Sin embargo, aún no es tarde para salvar a muchos sobrevivientes y, al mismo tiempo, poner algo de orden y cordura en una zona demasiado afectada por el desorden y la ilegalidad permanente. Por nuestra parte estaríamos dispuestos a contribuir, en el ámbito adecuado, con propuestas concretas para reconducir una situación que sigue siendo enormemente peligrosa.

Quito, Mayo 2003

CAPÍTULO 2

EL GRUPO QUE SURGIÓ DEL CAOS

Miguel Ángel Cabodevilla

Alrededor de la matanza producida entre clanes waorani a finales de mayo/03 se ha levantado una tormenta de confusiones. Si alguien tuviera la paciencia de sistematizar toda la información (si bien en su mayoría no merecería ese nombre) ofrecida por los medios de comunicación, podría evidenciar hasta qué punto se ha hecho un ovillo con todo eso.

Pero en este momento, a mi me interesa lo que considero la parte más decisiva y menos tratada de la cuestión. ¿Quiénes eran los muertos? Y, claro está, ¿quiénes son, cuántos pueden ser, de dónde y cómo han surgido los supervivientes entre los atacados en esta última batalla? Este es, a mi entender, el punto crucial, el enigma a descifrar; el eje a partir del cual, una vez verificado, se podrían preparar nuevas y adecuadas políticas indígenas en la zona.

Fuera de esa batahola de voces insensatas, donde, como casi siempre, más habla quien menos debiera, conviene aplicarnos a

lo que es camino del adecuado conocimiento. He de confesar, de entrada, que los datos que manejamos en el Vicariato de Aguarico son todavía muy insuficientes para una verificación apropiada; falta una cuidadosa y paciente investigación con los actores waorani del entorno. Sin embargo, los últimos acontecimientos señalan el mismo camino de las hipótesis que proponíamos hace más de diez años. Lo cual nos permite seguir insistiendo en esa dirección, con las comprobaciones que nos aporta esta acción de guerra, más los renovados enigmas que ella encierra.

Cuando nuestra historia es sólo lo desconocido

Volvamos, siquiera por un instante, a una comprobación de la historia wao. Sin retomar el origen de este pueblo, nos condenamos a vivir de continuo entre sorpresas y amasijos de datos sin aparente sentido.

En las primeras líneas de la publicación *Los waorani en la historia de los pueblos del Oriente*, 1994, se hace constar que quedan al menos dos o tres grupos familiares sin contactos con los demás. En la siguiente frase, ubicando a esos clanes, se precisaba que estaban casi enteramente dentro de la amazonía ecuatoriana. Es decir, señalábamos que no eran sólo los llamados Tagaeri, los no contactados.

Aunque parezca mentira a los ajenos al tema, la selva guarda todavía muchos secretos, incluso en forma de personas jamás vistas. Y no todos esos clanes móviles residían constantemente dentro de las fronteras de Ecuador. En la publicación citada no hubo muchos más datos, era ya demasiado gruesa para meternos en otras hipótesis; sin embargo teníamos indagaciones para ello.

En octubre/93, poco después de la doble incursión de la gente de Babe hacia una casa Tagaeri, con el rapto y posterior devolución de Omatuki, y el lanceamiento de Carlos Omene, había escrito un largo artículo titulado: *Olvídense de los Tagaeri* (recogido después en el libro *En la región del olvido*. Quito, 1998). Por tanto hace diez años ya apuntábamos algunas sospechas sobre la recomposición étnica de ese clan llamado Tagaeri. ¿Seguían siendo ellos?, ¿se habían mezclado con otros?, ¿qué relaciones se daban entre esos grupos aislados y otros waorani bien conocidos, como el caso del clan Kemperi en el río Cononaco? Incluso años antes, tras la muerte de Alejandro e Inés en 1987, en un pasaje titulado, *¿Pudo ser así?*, ya se aventuraba la existencia de protagonistas de incógnito en esa zona selvática.

Les hemos llamados Tarmenane o Tarmenairi, es decir la gente de Tarmen(g)a; a veces Huiñatare, Huiñairi..., etc. ¿Nombres precisos o meras aproximaciones?, ¿tienen

algo que ver con los llamados Tagaeri?, ¿quiénes son esos clanes, de dónde surgen, cómo y dónde se han mantenido ocultos, son o no Waorani, por qué emergen en esos momentos y lugares?

Taromenga onguipo

(el infierno, o tierra de los Taramongui)

Muchos Waorani les hablarán de ellos. Naturalmente no todos saben mucho. Si uno da con el informante menos dotado, puede llevarse como premio una confusión inmanejable. Es lo que sucede con periodistas o investigadores con prisa. A veces dan con primicias y revelaciones en boca de los más necios... ¿Por qué no va a haberlos entre los Waorani?, ¡tienen a ello tanto derecho como lo tenemos nosotros a tener ciudadanos mucho más locuaces que sabios!

Imagínense las variantes que se dan en una cultura oral, donde cada narrador, incluso si sabe lo que dice, adorna las cosas a su imagen y semejanza. Hay que escuchar a muchos, luego cernir las noticias con sumo cuidado, sistematizar la información, regresar donde los más sabios, insistir una y otra vez. Sólo así, hilando muy fino, podríamos acercarnos a la verdad.

Aunque con algunas variantes entre sí, tanto los personeros del ILV a quienes consulté hace años, o investigadores como Laura

Rival (*Hijos del Sol, padres del jaguar*, Abya Yala) coincidían en considerar a esas gentes de las narraciones waorani como personas imaginarias, aunque quizá existieron en el pasado. Las narraciones actuales tienen ese halo de leyendas y están adornadas con las fantasías propias de lo que sería equivalente a las antiguas historias de caballerías en nuestra vieja literatura. Como les digo, alguno de los juglares waorani actuales, acaso confundiendo el rábano con las hojas, una historia con otra, les atribuyen propiedades de tiempos míticos: gente monstruosa que vive en huecos de la tierra, sin boca, capaces de sobrevivir entre el fuego... Sin duda por ello los misioneros del ILV tradujeron infierno con la expresión Taromenga onguipo, la tierra de los Taromenga. En definitiva, seres literarios, inexistentes. Pero, ¿eso es cierto?

Sólo un dato más. Tessmann, a final de los años 20 del siglo pasado, recoge en las haciendas cercanas a la bocana del Curaray, la tradición de un grupo llamado Tarominca, algunos de los cuales perdieron su idioma, adoptando el quichua y pasarían por tales entre los braceros de las haciendas. Entre tanto sus compañeros todavía seguían libres por las riberas del Tivacuno (esto es, en la zona de la que hablamos en esta historia actual). Según Tessmann los Tarominca-Taromena vivirían en la zona entre ríos cercana al Tivacuno.

No es momento de más erudición, pero no conviene olvidarla. Evidentemente hay que separar las cosas: los nombres, la procedencia histórica, con la cuestión real de la existencia de clanes móviles e incógnitos por la selva oculta. Esto último siempre ha sido, a mi entender, incuestionable. Informaciones recogidas durante años con muy diversos Waorani que habitaban o cazaban por las cuencas de los ríos Yasuní, Nashiño, Cononaco, Shiripuno, entre otros, nos hablaban de huellas características, monos muertos por virotos extraños, en fin, señales varias de clanes no contactados. Ahora los hechos de nuevo lo certificaron.

En resumen, deberán llamarse o no Taro-menane (los cazadores que andan por la selva sin caminos; los incansables)?; ¿serán o no descendientes de los Huiñatari (grandes corredores que huían muy lejos tras un ataque y se adornaban con las plumas azules del pájaro huiñá)? Eso está por verse, quizá debamos cambiar sus nombres de forma radical; lo que queda fuera de toda duda es que la cabeza exhibida como macabro trofeo no era la de un Tagaeri. Estamos ante clanes desconocidos.

Las señas de identidad de los "otros"

He repetido en varias ocasiones que hemos perdido, al menos hasta ahora, una gran

ocasión de haber hecho de un triste suceso coyuntura para nuevos y apremiantes cono-
cimientos. ¡Cómo se pudo priorizar en ese
viaje de helicóptero al lugar de los hechos, la
búsqueda de elementos criminales (cuando
no hubo crimen sino acción de guerra) antes
que la indagación cultural sobre la casa y sus
cercanías!

A pesar del momento desperdiciado, hay
pruebas palpables, suficientes, para asegurar
la novedad de este grupo atacado. Probable-
mente una de las razones para traer la cabe-
za hasta los suyos fue precisamente ésta: mos-
trar que se trata de otros, de gente ajena, los
que han invadido el territorio de sus antepa-
sados, comen las chontas plantadas por sus
abuelos o durani, y pisan sobre la tierra que
guarda sus huesos.

Lo primero sorprendente de ese macabro
trofeo exhibido (de un hombre varón cerca-
no a los 30 años) era su pelo, ¡lo tenía corta-
do en la nuca! Jamás había oído en ningún ti-
po de relato tradicional, de un Waorani,
hombre o mujer, que se cortara así el cabe-
llo. En cambio, el no tener huecos en las ore-
jas no resultaba definitorio.

Cuando Juan Carlos me envió las fotos de
otros instrumentos o artesanías, ya no cabían
dudas. La hamaca era de diferente hechura;
también el grosor, disposición de los garfios,
labrado de las lanzas. Pero las innovaciones

más convincentes residían en la cerbatana. Ese singular acoplamiento para la boca del soplador de dardos no podía haberse creado por casualidad, si tampoco era un invento casual o cercano. Tampoco la parte opuesta, en la salida de la flecha, más parecida a la de otros grupos. Eso sí, se trataba de la omena wao sin duda; del todo original y diferenciada a cualquier otra en la Amazonía entera. Sin embargo, esas variantes hablaban probablemente de un grupo afín, pero separado por largo tiempo, capaz de producir variaciones y mantenerlas en aislamiento.

Las palabras de la tribu

La cuestión de las diferencias dialectales deberá ser manejada con cuidado, pero no deja de parecer notoria. En 1993, cuando capturaron a Omatuki y la retuvieron por unos días, los Babeiri ya se hacían lenguas sobre algunas diferencias en pronunciación y sentido notadas en el habla de la joven. Al ir a entregarla, antes del ataque sufrido por Carlos, tuvieron ocasión de oírla dirigirse a otras mujeres a las que vieron rondando la casa tagaeri donde ellos se alojaron durante horas. Según los visitantes, a veces entendían a la joven y otras no; lo mismo ocurría con las voces femeninas que le contestaban. En todo caso, era claro que ese trataba fundamentalmente de su mismo idioma, aunque con variantes.

Esta vez, durante el cruel ataque, por una razón indagatoria que se comprenderá con lo que sigue, los Waorani dieron una vuelta en la tuerca de su fiscalización. Después de las primeras escenas del ataque, convulsas y peligrosas, cuando sólo quedaban dentro del bohío mujeres, niños o ancianos, los atacantes, según creemos, interrogaron de la manera más severa a una de las mujeres capturadas. Del interés mostrado en esa investigación da idea la resistencia de la mujer y las heridas que le causaron para obligarla a la confesión antes de cubrirla definitivamente con sus lanzas.

De nuevo se ha de tomar esta primera versión con tiento. Sin embargo vuelve a coincidir con lo que sabíamos. La mujer emplea un lenguaje a ratos extraño, de manera que por momentos se les hace difícil seguir su relato. Desde el punto de vista del idioma parecería que este grupo tiene un punto más de distancia que los anteriores con respecto al lenguaje usual entre los Waorani contactados hasta hoy.

¿Quiere esto decir algo nuevo? Veámoslo finalmente desde otro punto de vista y quizá el descubrimiento se irá concretando de a poco o al menos mostrará aspectos reveladores.

El clan desangrado

Cuando investigamos un poco la muerte de Alejandro/Inés en 1987 ya hubo una pre-

gunta que entonces pareció a algunos precipitada o novelesca: ¿los mataron los Tagaeri o los Taromenane? Lo volví a recordar en uno de sus aniversarios con el artículo, *¿Pudo ser así?* Allí insistía sobre nuestro desconocimiento del tema y los muchos cabos sueltos todavía por amarrar, muchos de ellos en manos de Kemperi y alguno de sus vecinos.

El papá del viejo Kemperi, hace por tanto mucho tiempo atrás, raptó y se unió a una muchacha que él llamaba Taromenane. Por otro lado, Kemperi sabía cosas que no podría conocer de no tener un acceso privilegiado a algún miembro de ese grupo, todavía fantasmal por desconocido. También los petroleros tenían datos que nunca se ponían en común. En definitiva no se estaba haciendo un seguimiento adecuado del asunto.

Seis años después, Omatuki confirmó nuestras sospechas y alentó otras. ¿Qué significaban esas diferencias de lenguaje que comprobaron por sí mismos los Babeiri en su incursión? ¿Acaso habían contactado los Tagaeri con otro grupo que hizo con ellos causa común, mezclándose entre sí? A falta de otro nombre mejor, apuntamos entonces algunas hipótesis alternativas o complementarias: Tagaeri y Taromenane (si se llamaban así) se habían fundido; éstos últimos eran preponderantes.

Puesto que había tres casas habitadas al mismo tiempo (ya decía esto un reporte de la CGG en 1987) pudieran haber en ella clanes de ambos grupos, amigos o no entre sí. En todo caso, la idea de que los Tagaeri podrían estar en proceso de asimilación o exterminio se lanzó, aunque no pudo comprobarse con seguridad. Omatuki detalló, además, una larga lista de caídos en el primitivo grupo Tagaeri, desde Taga (diciembre 1984) hasta otros muertos en accidente de selva, disparos de petroleros, ametrallamiento desde helicóptero... Quedaban pocos guerreros adultos y muy desconcertados. Hubo una gran discusión ya en 1987. Antes de matar a los misioneros, las mujeres querían protegerlos, entre los hombres creció la disputa: ¡si los matamos, nos acabarán a todos!, decían unos; otros, en cambio, recordaban la obligada ley de vengar la sangre propia derramada. Aunque no apareció tan claro en el relato de la joven, asomaba por ahí cerca, una sombra creciente; el peligro no provenía sólo de los cohuori, también otros grupos ajenos estaban en la selva al acecho...

Años después, el año 2000, un Wao conocido se topó en el monte, de improviso, a la altura del km. 36 de la vía a Dicaron, con un cazador tagaeri, Huaihua. Aunque el encuentro al comienzo fue tenso y peligroso (Huaihua le exigió el machete amenazándole de muerte), luego pusieron en marcha sus

propios mecanismos parentales para acercarse y rebajar la tensión, de modo que pudieron hablar largo. El cazador tagaeri enumeró una serie de caídos en su clan (sus nombres coincidían con los recogidos de Omatuki); en ese momento ellos eran ya pocos, se quejaban por las pocas herramientas de metal, y describían a los Taromenane como a su gran y cercana amenaza.

Ahora ese círculo parece haberse cerrado. Una mujer lanceada intencionadamente en un brazo para obligarla a confesar dijo a los vengadores Babeiri, entre muchas palabras que no entendían, que hace poco tiempo (hablan de tres meses) los Taromenane (esto es, ellos) dieron el último golpe a los últimos Tagaeri; si fuéramos a hacer caso a esa información, aún sin confirmar, deduciríamos la muerte, entre otros, de Baihua y Omatuki. ¿Debemos olvidarnos definitivamente de los Tagaeri, al menos entre los vivos? Nunca fiando, que decía un runa, faltan muchos extremos por confirmar y la selva es una caja de sorpresas.

Penúltimos datos e interrogantes

A pesar de que, por lo general, los petroleros dan un dato y ocultan diez (obsérvese el silencio guardado desde los hechos), sabemos de buena fuente que en el momento del ataque de mayo, había al menos cuatro casas

habitadas al mismo tiempo. No han querido decirnos la localización exacta de las mismas, ni las distancias (marcarían su condición respectiva de amigas/enemigas) entre ellas. Si las casas son del tamaño de la destruida, estaríamos hablando de unas 100-150 personas no contactadas.

¿Quedarían entre ellos mujeres/niños que fueron Tagaeri? En las narraciones antiguas se decía con frecuencia que los Taromenane no solían matar a las mujeres, las robaban. ¿Serán todos de un solo grupo, sea Taromenane u otro?, ¿permanecerán estables, aunque moviéndose, en la zona, o alguno de esos clanes hará desplazamientos mucho más extensos hasta las cuencas bajas de Nashiño y Yasuní, o incluso más allá de la frontera peruana? Si volvemos a relatos viejos, de los Huiñatari se cuentan sus rápidos y largos traslados, así como su ferocidad en los ataques. ¿Todos los grupos/clanes aislados en esa zona son agresivos? En todo caso, ¿qué significaría y cómo se mostraría esa agresividad? Tampoco hay que apresurarse en la respuesta.

Según los asaltantes, había muchísimas lanzas en la casa destruida; precisamente una de las razones de la sorprendente sobreabundancia de las mismas en los cadáveres femeninos fue ésa: destruir su arsenal, una lanza metida en un cuerpo no se recupera (las otras dos técnicas empleadas fueron la

de cortarlas a machete o robarlas). El tipo de lanzas saqueadas son armas de guerra. Pero, ¿ocurrirá lo mismo en las otras casas actualmente habitadas?

El sr. Sevilla es un guía turístico con larga experiencia en esa zona conflictiva y vidriosa. Observando la ruta por la que ha conducido a sus turistas durante años, uno diría que ha estado permanentemente jugando con fuego; los ha hecho pasar por el filo de una navaja. Él relata numerosos episodios en los cuales pudo ver, oír y sentir a esos vecinos fantasmales que espiaban sus viajes, merodeaban por sus acampadas y se hacían sentir de formas varias. Sin embargo, aunque fue robado en muchas ocasiones, nunca fue atacado. ¿Sólo porque dejaba con alguna frecuencia regalos (ollas, dulces, herramientas) en las orillas, como se dejaba en otras tierras una ofrenda al minotauro?

Hipótesis para seguir investigando

No es posible dudar de la existencia en Ecuador, y según creo también en la parte peruana del bajo Curaray, de grupos aislados todavía ilocalizados o desconocidos. Por lo que respecta a indígenas de la rama waorani, éste podría ser un mapa provisional, trazado a base de los últimos datos, todavía por precisar: El grueso de lo que llamaríamos pueblo wao vive en diversos asen-

tamientos en Ecuador. Unas 100-150 personas podrían residir ahora, en lo que fueron tierras tagaeri. Por no tener un nombre más preciso las llamaremos de forma provisoria Taromenane. Se trata, probablemente, de una rama común wao, con muy poco contacto con ellos al menos en el último siglo. Falta por concretar la razón por la cual estos grupos, provenientes del bajo Nashiño y hasta de las cercanías del bajo Curaray, han subido hasta su localización actual. ¿Presionados por otros pequeños grupos (llamémosles Huiñatari como aproximación) de la misma etnia, aunque diferentes?, ¿acuciados por la falta de parejas adecuadas que podrían encontrarse en las mujeres tagairi?, ¿alentados por la facilidad de un corredor libre y el aislamiento de la zona intangible?

Existen personas de la etnia asimiladas como naporunas o indígenas más indiferenciados en el alto Napo peruano y riberas del Curaray. Sería de mucho interés recobrar los testimonios de esas personas. No se ha de descartar definitivamente, hasta un mejor reconocimiento del área, la existencia incluso de grupos aislados pertenecientes a otras etnias, en lo que desde antiguo fue conocido como "refugio de reliquias andantes": afluentes del bajo Curaray como el Arabela, zona de Vacacocha, etc. Desde ahí, por los corredores aislados de entre ríos, podría tener acceso, como lo tuvieron ciertamente en el pa-

sado, a una zona ecuatoriana todavía bastante aislada y sola.

En definitiva, un caso extraordinario para el conocimiento amazónico y la adecuada protección de unos grupos humanos invalorables.

Pamplona, Junio 2003

CAPÍTULO 3

TIEMPO DE GUERRA

Miguel Ángel Cabodevilla

Preludio wao

Es difícil comprender para los ajenos lo que va a ser contado de este último gran asalto wao. Pero, quizá, si lo introducimos con palabras suyas, grabadas por Lino Tagliani en sus años en el Vicariato de Aguarico (1988-92) a distintos Waorani (casi todos ellos aún vivos), podrá el lector acercarse mental y cordialmente a este pueblo que ha sido de recolectores y cazadores/guerreros.

¿Cómo podríamos vivir sin hacer asaltos?

¿Para qué blandir nuestras lanzas

si no podemos clavarlas en alguien?

Nemunga (muerto en 1991, Cacataro)

*No se puede estar siempre en paz,
ni tampoco de continuo en guerra.*

*Guerra y paz son como el sol y la lluvia.
De la misma manera que hay estaciones,
debemos tener de todo.*

El tiempo de la guerra y de la paz son parte

*de nuestra vida
y de la naturaleza que nos rodea.
También el río tiene su momento
de plenitud y de sequía;
la selva ofrece el tiempo de recolecta
y el de carestía...
Babe (Tigüino)*

*Agarrando nuestras lanzas
caminamos de inmediato hacia la guerra.
¡Vamos a matar!
Nuestras lanzas son largas, afiladas, precisas,
¡siempre aciertan!
Canto de guerra*

*Mis lanzas abren heridas,
¡mis lanzas riegan con sangre la tierra!
Durante el asalto el cielo estaba oscuro,
cubierto de nubes negras y bajas.
En ese momento muchos enemigos
se entristecieron,
en cambio yo, guerrero waorani,
¡estaba contento!
Huepe (Cononaco)*

*Cuando los waorani no hagamos más lanzas
y mantengamos los brazos en alto y desarmados,
cuando callen nuestros cantos de guerra,
y no hagamos más asaltos,
entonces, los waorani
estaremos condenados a desaparecer.
Nemunga.*

Quienes van a promover o a participar directamente en el asalto son personas adultas, todavía muy cerca de esa mentalidad tradicional expresada en la cita que, claro está, deberían ser desmenuzadas y entendidas. Gentes como Dabo, Babe, Yeti, entre otros, conocen a los *cobuori* y sus complejas reglas sociales sólo de una manera muy superficial e impropia. Ellos son y se sienten Wao-rani; las normas de los extraños apenas les conciernen. Desde luego, nada cuando se refieren a cosas internas, como el manejo de su territorio, el orden dentro de su casa. De eso, precisamente, se trata ahora.

Ante todo era un asunto de territorio considerado propio, de libertad y tranquilidad de tránsito. Se estaba dando una vecindad peligrosa e inquietante. Si los parientes Tagaeri eran hasta hace poco inquilinos problemáticos, ahora las sucesivas noticias parecían confirmar el aumento, en su reemplazo, de otros aún mucho menos confiables, por ser más extraños y temidos. *Ellos comen de las chontas de nuestros abuelos y caminan sobre sus huesos*, dijo con ira uno de los atacantes. Por tanto, estaba en juego el primer mandamiento de un grupo wao: “Nadie entra en nuestra tierra sin invitación adecuada”. Eso se castiga con la muerte. Incluso si, como quieren algunos y no sería descartable, han sido manipulados por intereses espurios (madereros, por ejemplo), se mantien-

dría la razón primordial: es nuestro territorio y hacemos de él lo que nos plazca.

Súmese a eso la sagrada ley de la venganza. Cuando en 1993 mataron a Carlos Ome-ne, lo hicieron en lo que los Babeiri consideraron una *excursión civilizatoria*. Se dieron en esa muerte varios agravantes. A su entender, los Babeiri iban en son de paz, devolvían a su casa a Omatuki, caminaban juntos hombres, mujeres y niños. No era una expedición de guerra, ni siquiera de caza o vigilancia. Por tanto fue un ataque traidor. De ahí la furia posterior al lanceamiento de Carlos y tras la muerte de éste. *¡Mis lanzas han de tener un Tagaeri!, y si muero, muero*, gritaba aquellos días Babe, a pesar de su no participación en la excursión anterior y de su demasiada edad para tomar parte en epopeyas selváticas ante enemigos considerados mucho más fuertes, rápidos, resistentes.

Ahora bien, cabe preguntarse, ¿por qué ese afán educador en un personaje como Babe?, ¿era espontáneo o inducido? Recordemos siempre que en estos tapices orientales hay mucho hilos desconocidos con los cuales se hacen las tramas inusitadas. *Si logramos que Babe y su gente de 'Nueva Golondrina' hagan un nuevo contacto con los Tagaeri antes de comenzar los trabajos de las líneas que Vd. señala en el mapa, estaríamos garantizados para la seguridad de nuestros obreros y técnicos en general...*”,

así escribía, con fecha 11/9/89, el capataz ecuatoriano Jorge Viteri al gerente de la CGG. D. Robert (*Los Waorani en la historia de los pueblos del oriente*, p. 460, nota 24). ¿Quién controlaba, o lo hace ahora si se están dando en estos momentos, intentos semejantes? Nadie. La selva profunda es el lugar de la no-ley, de la impunidad; falta mucho para instalar allí cualquier control democrático. Las autoridades civiles, policiales, militares, indígenas, brillan en la zona por su ausencia. Un capataz petrolero puede intentar, como se ve en ese caso (del que guardamos documentos escritos), con la anuencia de sus jefes y a base de unos pocos regalos, cambiar el signo de las relaciones indígenas en una zona determinada, así como el posterior control del territorio. Nadie ni nada parece impedirselo. ¿Podría intentarlo en estos momentos, de parecida manera, un grupo maderero o turístico o de cualquier otra índole, incluso un simple aventurero? Parece evidente que sí. De ahí que no deba descartarse en este ataque de mayo/03 cualquier manipulación externa. Tales son sólo algunas de las peligrosas variantes que pueden estar presionando o utilizando para su propio provecho el viejo código de honor wao.

Sin embargo, insistimos en que, con los datos obtenidos hasta ahora y todavía a falta de muchas comprobaciones, este asalto parece principalmente impulsado por senti-

mientos procedentes de sus valores o estigmas (según la consideración aplicada por los ajenos) propios.

La mujer de Carlos se pasa las noches llorando por su marido lanceado; nadie le ha vengado. ¡Y ella no tiene ningún hombre al lado!, decían en Tigüino no tanto como excusa sino como argumento. La sangre derramada exige desquite y se junta a otras heridas del clan todavía sin calmar. La partida de guerreros no se confeccionó al azar. Entre quienes fueron a las hostilidades estaban hermanos o cuñados del lanceado en el 93 (Carlos Omene); parientes de la mujer muerta en el incidente con los madereros de noviembre/2002; descendientes de quienes mataron a Kimontare, padre/jefe de los Tagairi... Casi todos los asaltantes eran veteranos, ésta no ha sido empresa de los jóvenes.¹ Lazos de sangre vertida, reciente o rancia, en todo caso, jamás olvidada, anudados ahora, ¿por qué?

Esa pregunta levantaría otras muchas, como una polvareda que se ha de posar con el tiempo y las averiguaciones, hasta quedar en su mayoría despejadas.

¹ Es público, pues lo ha confesado paladinamente a la prensa, que entre los asaltantes estuvo un profesor, hermano del Presidente de Onhae. ¿Qué responsabilidad se pediría en una organización democrática en un caso semejante? Otro dato indicativo de los límites de una organización común, apenas balbuciente entre clanes autónomos y guerreros irreductibles.

La fiesta de Tigüino

El ataque no se improvisó. Quizá se fraguó en una fiesta realizada en Tigüino, cosa muy en su tradición de escaramuzas guerreras. Las fiestas son lugar indicado para reafirmar los valores básicos y tomar decisiones que importan a clanes con lazos internos familiares pero que viven en casas lejanas. En este caso, seguramente por el cúmulo de razones ya dichas y otras por descubrir, alguien puso en el centro de la celebración la necesidad de una acción al viejo estilo: una deuda de sangre por cobrar, prevenir el peligro ante el crecimiento de un grupo sobre el que barajaban incógnitas sobre su constitución (¿Tagaeri-Taromenane?), la limpieza de un territorio que se considera propio.

Seguramente se dieron casi todos los rituales acostumbrados para el caso. Mientras los jóvenes estudiados desaparecían de la escena, los veteranos tuvieron un peso específico en la preparación del clímax necesario: recuerdo de los varios agravios precedentes, evocación de su condición de guerreros, de gente libre y altiva cuya vida no vale nada si se doblega o se rinde sin blandir en su honor esa lanza wao entregada por un dios... Se sucederían los cantos rituales y las chichas durante toda la noche, la efervescencia iría en aumento, los pies golpearían con fuerza en el suelo en un baile amenazador. Así se llega a ese momento

efervescente del enojo (*piini*); de ahí sólo queda un paso hasta pasar a la acción.

¿Tenían ya preparado su arsenal?, ¿lo hicieron febrilmente a partir de ese encuentro?, ¿cómo se decidió el número e identidad de los agresores?

Es una iniciativa aún envuelta entre enigmas, pero también existen constancias evidentes. ¿Por qué no aprovecharon sus recursos actuales en armamento? Los Waorani disponen hoy de carabinas de repetición, escopetas y hasta pistolas en algún caso; no desconocen su poder, ni las ventajas de su utilización frente a las lanzas. Son consumados y eficacísimos cazadores, disponen de munición abundante. Un ataque de nueve expertos tiradores contra una casa de paja colmada de gente hubiera dejado muchas más víctimas, la mayor parte de ellas sin acertar siquiera a salir de la vivienda. Sin embargo, aunque las utilizaron en algún momento del lance, no mataron con ellas. *Nosotros matamos con lanza, escopeta no vale; sólo para asustar, o para cazar animales*; dijo sin vacilaciones, con orgullo evidente, el que actuó como jefe del grupo. Podríamos decir, de forma aproximada, que para ellos se trataba de una cruzada, dentro de su peculiar sentido del honor, mucho más que de una matanza.

Así pues, en la fiesta se decidió ejecutar una acción de venganza, represalia o defensa

con el estilo inconfundible de su historia de muertes internas. Aunque de ordinario estén ya alejados de los usos y costumbres de antaño, revivieron de nuevo la ascesis de los viejos guerreros, cuando el combate era ante todo una demostración de control físico y mental, tanto de sufrimiento como valor, y la culminación no era tanto la victoria como el hecho de intentarla, pues era tan meritorio vencer como morir en el intento. Ningún bravo vive muchos años, pero se trata de una vida de un relieve sin igual.

De modo que los nueve, donde los jóvenes hacían sobre todo de comparsas, tomaron con decisión sus lanzas (cuatro o cinco por guerrero), agarraron sus escopetas y un atado de masato, se metieron en la canoa yéndose con decisión río abajo.

El ataque

La guerra es un oficio duro, apto tan sólo para los más fuertes, obstinados e impasibles. En el reconocimiento social de ese hecho reside buena parte de su prestigio. La ley de la lanza obtiene entre los Waorani derechos reconocidos.

La patrulla baja por el río Tigüino en canoa a motor, surca después el Cachiyacu o Mencaro un corto trecho, hasta dar en la ribera con una senda de los enemigos; entonces esconden la canoa y se echan al monte

hasta que la noche les sorprende en plena selva. Caminan todo el día siguiente tras los rastros cada vez más visibles y abundantes hacia el río Curaray; la marcha es exigente, la comida escasa y todo cuidado poco cuando cruzan el terreno adversario.

Al final de ese segundo día, rendidos, van a dar en una vieja casa abandonada. Al despertarse al día siguiente se espantan de su torpeza, ¡han descansado muy cerca de un camino ancho que da en una vivienda cercana, muy grande! Esa pudo ser su última noche. De hecho dejan de lado ese bohío, quizá por ser demasiado grande o despejado para un ataque por sorpresa y continúan su forzada marcha, siguiendo una trocha más angosta hacia el sur. Ese tercer día las penalidades se amontonan. Si la lluvia les ha acompañado de forma pertinaz desde el inicio de su aventura, ahora dan con unos pantanos que han de cruzar con el agua al pecho, debilitados por la caminata y la falta de alimento, sosteniendo el alto las escopetas y las pesadas lanzas. La senda atraviesa hasta cinco chacras viejas, con las respectivas casas arruinadas por el tiempo. ¡Esta gente lleva tiempo viviendo por acá, o quizá son muchos! Las fuerzas de los caminantes se agotan; dos de los bravos más veteranos quedan regazados en ese último trecho.

Según describen el escenario del ataque, parecería preparado por el mejor escenógrafo

wao: la casa grande bajo una sombría y atronadora tormenta selvática. El aire tan colmado de lluvia, frío y ruido que mantiene a sus adversarios dentro del bohío, atizando los fuegos. Sordos, desprevenidos. No obstante esa gente tiene la vitalidad de los animales más sagaces y antes de que los siete cerquen la casa buscando copar las dos únicas salidas, alguno en el interior da la voz de alarma...

Para este momento crucial las tres versiones grabadas tienen tantos elementos realistas como legendarios.

El jefe del grupo agresor parece tener una visión más templada del momento. Según su declaración, de inmediato los varones adultos salen de estampida, como *huanganas* dice el atacante admirando su fuerza, velocidad y audacia. Asoman armados con lanzas, con lo cual, a más de su arranque, dificultan el arte de lancearlos. Sin certeza absoluta, se puede calcular que los agresores logran lanzar a tres o cuatro de ellos (quizá otros hubieron heridos, acaso a morir más tarde desangrados en la selva), los cuales, pese a todo, se alejan de la casa y son rematados más allá del patio, en la frontera con el monte. A uno de ellos, por su porte formidable, le cortarían más tarde la cabeza. Todo esto sucede entre el fragor de los truenos, los alaridos de los asaltantes y los gritos angustiados de las mujeres. Entre tanto, en medio de un terrible desorden otros huyen, jóvenes hembras

o varones, mientras quedan en la choza, paralizadas por el terror, algunas mujeres mayores o con niños de pecho.

Uno de los veteranos que llega tarde, cuenta la escena con rasgos fantásticos, muy en la línea proverbial de lo que son los “otros”. Traduzco aproximadamente el sentido de su exaltada odisea.

Era una casa grande, tan llena de gente que cuando nos sintieron llegar, la casa se estremecía por el movimiento de los de dentro. ¡Subía y se agitaba! Algunos corrieron fuera, rápidos como venados, pero otros se atrincheraron dentro de la casa, subidos como monos en los palos transversales del techo, armados de lanzas. No se podía entrar. Gritaban enfurecidos. Dentro estaba oscuro y podían atravesarte. A pesar de la tormenta, tuvimos que empujar los fuegos interiores para que hicieran arder la paja interior. Así, por el humo y el fuego, hubieron de salir y pudimos matar a muchos. Luego cada uno agarró con lo que podía cargar, muchas lanzas, bodoqueras, hamacas, loras... y nos lo fuimos llevando.

Algunos datos convincentes

¿Qué hay de cierto y cuánto de inventado en esas confesiones? Haciendo uso al

mismo tiempo de sus propias narraciones y de las constataciones obtenidas de filmaciones y fotos posteriores, resumimos a título de ensayo: La casa era grande. *Cinco peines de pambil largos*, precisa un asaltante, *había mucha gente*. ¿Cuántos, 30, 40? No se sabe con certeza el número de muertos, ni siquiera la expedición llegada a enterrar los cadáveres lo comprobó con eficacia, no entraron en la selva cercana. Por nuestra parte creemos que murieron 3-4 hombres adultos, unos cinco niños, y tal vez seis mujeres. Aca-so alguno más.

Creemos que los agresores dispararon armas de fuego al menos en un primer momento. *Sólo para asustar*, dijo el jefe. ¿Lo efectuaron a través de la paja?, ¿alguno de los combatientes más jóvenes lo haría al cuerpo de las mujeres rendidas que chillaban queriendo pedir clemencia? En todo caso, los cuerpos hallados tenían tal cantidad de lanzas que admiraba. Ya dijimos la explicación en otro escrito: lancearon incluso los cuerpos después de ser quemados dentro de la choza, ya carbonizados, para inutilizar la cantidad asombrosa de lanzas enemigas encontradas en la vivienda. Muchas de ellas, además, aparecen cortadas por golpes de machete.

En cuanto pudieron, no dejaron a nadie vivo, fueran mujeres o niños. Mostraron una particular saña en los cuerpos lancea-

dos. Al parecer, a una de las prisioneras la hirieron hasta conseguir su confesión antes de rematarla.

Describen la abundancia de hachas nuevas (al menos seis), además de otros objetos metálicos como machetes, ollas de diverso tipo, entre otros. ¿Dónde los obtuvieron?, ¿de trabajadores petroleros?, ¿quizá de los robos consentidos por Sevilla o su organización? ¿En los acercamientos aéreos que otros turistas hacen utilizando eso como cebo para que asomen en sus patios? Todo puede caer en una zona tan desordenada.

¿Cómo describen a los asaltados? Con tonos a un tiempo objetivos y míticos con los que hay que andarse con tino. Son de piernas cortas y fuertes, cuerpo grande, enorme vitalidad y rapidez, contextura gruesa y piel blanca, pelo corto (*brasileños*, precisó curiosamente uno de los salteadores), orejas con huecos pequeños, ojos rasgados.

De las diferencias en su instrumental ya dijimos en otro escrito. Otras distinciones pueden apreciarse incluso en las fotos de la casa quemada: la misma construcción, esas *ashan-gas* más profundas y mejor elaboradas, etc.

Detalles por evaluar

Desde luego parece mucho más lo que falta por saber. No sólo cuanto hasta ahora

queda en interrogante, sino también detalles como estos: ¿por qué el ataque a una casa lejana, dejando atrás, tan peligrosamente para la inmediata huida, una tierra ocupada por enemigos?

En la retirada, según nos cuentan, los agresores fueron a su vez atacados en tres o cuatro ocasiones; uno de ellos estuvo a punto de ser alcanzado por una lanza. Pero aseguran que sólo eran uno o dos quienes los perseguían. ¿Tiene eso consonancia con el relato anterior donde se supone que varios de los hombres adultos consiguieron escapar? *Se asustaron, tuvieron miedo de nosotros*, decía el jefe de la partida Babeiri mientras preparaba lanzas para el siguiente ataque, *ahora nos temerán*. En todo caso, esos contraataques desesperados surtieron su efecto; desperdigaron a los asaltantes que más tarde, para reencontrarse en la selva, hubieron de hacer disparos. Al mismo tiempo les obligaron a abandonar en el monte buena parte del botín capturado, abundante y pesado, en forma de lanzas, bodoqueras, u otros artículos saqueados.

Tampoco queda nítida la trayectoria de su repliegue, ni la actuación posterior sobre las casetas de los turistas, si bien estos detalles no tengan mayor relevancia para el caso.

Asimismo, y por no demorarnos en detalles, es notable la locuacidad de los protagonistas o alguno de sus allegados inmediata-

mente después de lo sucedido. Uno de los protagonistas se llegó de inmediato hasta la Misión de Coca, cargando bodoquera y lanzas robadas, preguntando por *los hermanos de Alejandro*. Luego, muy resuelto, confirmó que habían vengado a Carlos y a Alejandro. Al mismo tiempo, como es notorio, integrantes del clan Babeiri, no estrictamente de los atacantes, cedieron ante las ofertas de un personero de la Prefectura de Orellana y las dádivas de cierto periodista, para mostrar la cabeza, exhibirse en grupo nudista ante la cámara y, más adelante, hasta hacer una vuelta turística, bien remunerada, por Guayaquil.

Dejando de lado lo tocante a la ética periodística o derivados, terminemos con dos aspectos más relevantes para nuestro propósito. ¿Por qué los Waorani proclaman de manera tan pública su acción?, ¿qué sentido puede tener esa relación con Alejandro?

Aunque se dice que los secretos mejor guardados entre los Waorani nunca duran más de seis meses, lo cierto es que ellos callan cuando realizan algo considerado en sus normas como incorrecto, o al menos poco claro. Así, les costó no hace mucho admitir la ejecución en el monte de tres colombianos, más bien lo achacaron a otros, o confundieron el caso hasta el delirio. Por el contrario en esta ocasión lo confesaron desde su inicio sin ambages, quizá porque

creyeron haber realizado una acción no sólo acorde con sus postulados, sino merecedora de estima pública. Al fin ellos han terminado en parte con el peligro de los “salvajes”. Este fenómeno, el hecho de que los últimos asimilados a la sociedad traten de ganar puntos ante el racismo rampante de ésta, haciendo méritos y aniquilando a otros en estado “salvaje”, se ha repetido con frecuencia a lo largo de la historia. Demasiado tarde ellos están comprendiendo las trampas de nuestra sociedad en ese viñoso terreno de lo legal.

En cuanto a su evocación de Alejandro para esta acción, que algunos medios han explotado en titulares, hay que tener en cuenta los antecedentes. En 1993, cuando atendimos en el hospital de Coca al lanceado y moribundo Carlos Omene, ya nos sorprendieron sus palabras: *¡me han lanceado como a Baca* (no decía bien el nombre)!, repitió en varias ocasiones. Que uniera su suerte de tal manera a la de un cohuori indicaba algo que nos resistíamos a admitir que ocurriera en tal grado. Ellos han identificado, de alguna manera, a Alejandro como perteneciente a un clan wao (el del Yasuní), de forma que lo sienten de un modo singular: el obispo tiene familia dentro de ellos y también fuera, entre los frailes. Por sus relaciones con Pahua y su clan, por la forma de su muerte, Alejandro no es un cohuori más.

El avispero excitado

Seguramente no es un buen símil la utilización de la palabra avispero, entiéndase sólo como figura de un grupo humano al que se ha llevado al paroxismo del terror y la violencia. Y, por tanto, cuya reacción sea imprevisible, aunque probablemente peligrosa.

¿Se puede intentar alguna hipótesis de lo que ha pasado en el interior del grupo atacado, de sus reacciones antes la matanza, etc.?, ¿podemos deducir alguna consecuencia para los habitantes o actividades más cercanas al lugar de la tragedia?

Faltan datos para construir deducciones firmes. Existen demasiadas variantes sin resolver. ¿Forman las cuatro casas habitadas un grupo relacionado entre sí? Si así fuera, la consistencia del clan sería suficiente para pensar en que estén elaborando represalias sin abandonar la zona.

Pero no vamos a abundar en suposiciones sin base suficiente. Porque algo es seguro: alguien ha revuelto de forma peligrosísima ese avispero humano. Se trata de gentes con una increíble capacidad para el desplazamiento selvático, con una resistencia asombrosa; parece natural pensar en la furia que en estos momentos debe embargarles. Ahora, teniendo eso en cuenta, miremos el mapa del lugar, observemos los enclaves waorani a su alrededor, las costumbres de los runas del Cu-

raray para sus actividades de caza y pesca por las selvas vecinas; comprobemos sobre el mapa la misma distribución de los bloques petroleros en la zona; por no hablar de otros intrusos poco controlables... La tensión ha crecido de manera considerable, así como la probabilidad de encuentros violentos alejados del lugar de las viviendas. Todas esas gentes bajo el bosque van armadas, aunque de forma bien diferente. ¿Cuál va a ser la próxima víctima?, ¿cómo establecer un control adecuado sobre el territorio? Y después, ¿cuál va a ser el plan para tratar de conocer primero y de organizar a continuación la vida de los grupos conocidos y de los tan poco contactados evitando sucesos como el que describimos y lamentamos aquí?

En definitiva, ¿cómo superar el tiempo de guerra, esa fatalidad al parecer cíclica, en un espacio distinto, de permanente, aunque de seguro también conflictiva, convivencia?

Posdata interna

Cuando entrevistábamos a uno de los bravos, que daba vueltas en la casa como un tigrillo enjaulado reviviendo la excitación del ataque, y mientras su esposa se lamentaba, el hijo de ambos, joven estudiado, dirigente de la organización Onhae, se quejaba por la oportunidad de los hechos exclamando repetidamente: *¡yo, ahora, debiera estar en Dinamarca, tenía el boleto para una reunión*

allí! Al parecer no creía que lo sucedido tuviera mayor trascendencia.

Sin duda, ese es también otro factor de riesgo. La ruptura generacional evidente, tan superlativa que ha convertido a estas generaciones en casi desconocidos, en gentes con lenguajes y conceptos tan distintos que apenas les permiten entenderse.

Pamplona, Julio 2003

CAPÍTULO 4

APROXIMACIÓN A LOS ACONTECIMIENTOS DEL CURARAY

Juan Carlos Andueza¹

Misionero del Vicariato Apostólico de Aguarioco

Todavía el rito de las lanzas

Lo que yo sencillamente he preparado no ha sido algo sobre el libro, porque yo creo que la idea de Miguel Ángel y la nuestra no es la de ensalzar tanto la figura de Alejandro Labaka, sino que el presentar su libro es una excusa para traer aquí a colación también lo que fue la causa y la lucha de Alejandro Labaka, especialmente con las minorías y el pueblo waorani.

Voy a ser breve y me voy a ceñir al título de la mesa redonda: *'Aproximación a los*

¹ Ponencia presentada el día 23/7/2003 en FLACSO-Quito dentro del Foro organizado con ocasión de la presentación del libro compilado por Miguel Ángel Cabodevilla: "Tras el rito de las lanzas. Vida y luchas de Alejandro Labaka" (Cicame 2003), y una mesa redonda bajo el título: Aproximación a los acontecimientos del Curaray. El Foro estuvo moderado por Javier Ponce y participaron como panelistas: Teodoro Bustamante, Luis Montaluisa y Fernando García.

acontecimientos del Curaray'. Los que estamos en Coca pudimos verlo un poquito más de cerca.

Para mí es una fuerte contradicción presentar hoy el libro '*Tras el rito de las lanzas*', en donde se trata de rastrear aquellos aspectos en los que Alejandro se empeñó y consiguió estar por encima del común denominador. Y también constar que la gran causa de Alejandro y de Inés sufrió un duro revés, por no decir que fracasó. Quizás porque no supimos cuidarla, valorarla, lucharla o pelearla como se merecía.

Pero no estamos aquí solamente para expresar sentimientos. Este espacio nos ayudará para la reflexión y para exponer, desde distintos puntos de vista, algunas causas, algunos visos de solución y, ojalá también, algunos compromisos para proteger a estos grupos no contactados o aislados.

Para empezar, tengo una duda. Y es la de si me acercaré con mi exposición al interés común de todos ustedes. Porque durante los días en que ocurrieron los hechos, la verdad es que nosotros, en la Misión, nos sentimos aislados, contrariados, pues nuestras informaciones y nuestras interpretaciones de los hechos, no coincidían ni con los dirigentes waorani, ni con las demás organizaciones indígenas, ni con algunos periodistas.

Mientras nosotros escuchábamos los relatos de boca de los que participaron en los hechos; mientras entresacábamos nombres y palabras; acudíamos a los mapas; mirábamos a las similitudes y las diferencias de los objetos extraídos de la casa atacada; mientras intentábamos tejer de entre tantos cabos sueltos de nuestra información todavía no contrastada; mientras contestábamos las preguntas de personas que nos pedían nuestro parecer, otros mostraban la cabeza de los Taromenane traída por los vencedores. También mostraban Waorani en la playa, en Guayaquil; otros culpaban al vecino más fácil; otros enterraban los cadáveres y buscaban la manera de juzgar a los atacantes; otros hablaban del salvaje de los libros; y otros, que poseían buena información, callaban.

Pero no obstante, de manera breve, intentaré exponer nuestra versión de los hechos, algunas causas que pueden estar detrás de estos lamentables acontecimientos y algunas propuestas que pudieran considerarse.

Causas y cuestiones pendientes

La causa que originó estos hechos tiene entre otras razones que podemos desconocer, dos motivos: uno interno (al interior del pueblo waorani) y otro externo.

Por un lado, el ajuste de cuentas pendientes. No podemos olvidar que, según aducen

los que produjeron este ataque, todavía estaba sin vengar la muerte de Carlos Omene. Y a ello también se une la reivindicación de esa tierra donde vivieron sus antepasados. Los participantes en la venganza eran familia cercana o agregada. Todos ellos eran mayores, a excepción del hijo de Carlos Omene. El que lo organizó fue su hermano Niwa Omene.

La otra causa, la externa, es lo que creemos prendió de nuevo la mecha de la guerra o de la violencia: las distintas presiones a las que está sometida la comunidad de Tigüino. Basta recordar que hace dos años un trabajador petrolero fue lanceado allá, y quizás ustedes no tuvieron noticia. Se salvó porque fue pinchado en el mismo pulmón. Hace nueve meses murió una mujer waorani a causa de un accidente con madereros. Y consecuentemente la venganza duró 6 horas-, dos madereros fueron muertos. A la vuelta de la muerte de los Taromenane, incendiaron todas las casas de una estación de turismo, unas horas más abajo de la comunidad.

Entonces, la violencia a la que ha sido sometida esta zona, y en concreto esta comunidad, ha sido muy fuerte. Presiones de las compañías petroleras, madereras, turísticas y la incursión en sus territorios de la colonización, que con contratos chuecos o fáciles han contribuido a crear desigualdad al concentrar los beneficios en pocas manos. Cree-

mos sin duda que este es uno de los factores del resurgir de la violencia.

Anotaré también aquí que los más beneficiados no participaron al menos directamente en los hechos. Por otra parte, con lo ocurrido se cierran las puertas a la industria maderera. ¿Qué sentido tiene que de subida quemem las cabañas de los turistas y con ello también algunos beneficios?

Entre los Waorani todavía se puede sacar fuego de las brasas si se sopla con alguna insistencia. Y es que no tenemos más que remitirnos a toda una tradición de cantos de guerra para darnos cuenta que la guerra está intrínsecamente unida a la vida.

Por lo tanto, si tenemos nosotros esto en cuenta, también podemos entender mucho mejor y podremos acercarnos mucho mejor a los hechos que ocurrieron durante estos días.

Nosotros (el mundo Occidental), conocemos el mundo externo que nos muestra a los Waorani que pasean por nuestros pueblos, el de sus organizaciones e incluso el que podemos ver en sus poblados. Pero el mundo profundo waorani es para nosotros desconocido. Por ello hay hechos difíciles que puedan ser comprendidos y que puedan encajar en nuestros esquemas sociales y de pensamiento. Todo ello aún se complica más o se enriquece más si somos capa-

ces de comprender la diversidad que existe en el interior del pueblo waorani: diferencias generacionales, de clanes, grupos con mayor contacto, grupos del interior, grupos no contactados.

Las organizaciones

Otra cuestión importante y pendiente es el llamado o la invitación a las organizaciones y a los líderes indígenas para analizar detalladamente los conflictos que presionan interna y externamente la vida del pueblo waorani. Los dirigentes waorani conocen el mundo profundo waorani pero tienen poca comunicación con él. Hay muchas cuestiones y decisiones en las que no se les tiene en cuenta y la cosa no pasa a mayores. Pero en otras ocasiones, es de suma importancia con el mundo profundo que se nos esconde fundamentalmente detrás de los mayores. Por ello también, en estos días, sus declaraciones hechas más desde unas miras políticas, dificultan enormemente la comprensión del problema y la búsqueda de medidas y de soluciones.

Un acercamiento interesado

Desde nuestro punto de vista, creemos que los distintos actores que nos hemos acercado al mundo waorani lo hemos hecho más desde nuestros propios intereses que de los suyos. Esta actitud tiene un doble peli-

gro: por un lado, la dificultad de poder aprender algo de ellos que nos pueda ayudar a entablar unas relaciones de iguales. Y por otro, convertimos a los Waorani en objetos de nuestros subsidios y dependencias, considerándoles menores, consintiendo y protegiendo, protegiendo y disculpando incluso lo que no está bien.

Una llamada urgente al Estado ausente

Una llamada urgente al Estado ausente y a la conciencia social del país, para tomar medidas y evitar que en el corto espacio de tiempo siga aumentando el descontrol, el caos, y se produzcan hechos como el que acabamos de lamentar. Urge la protección de la zona intangible, la demarcación del Parque Nacional Yasuní, el territorio waorani y otros territorios indígenas en la Amazonía. Necesitamos un control más estricto de la legalidad, en cuestiones como explotación maderera, colonización, turismo y petróleo.

Los pueblos amazónicos se encuentran a la cola del resto de intereses de la zona. El desarrollo de varias y ricas industrias va por delante. Y por muchos años, el proteccionismo de sus bosques y de distintas especies faunísticas han gozado de espacios de estudio y de análisis de que no disponen estos pueblos.

Dos propuestas, para finalizar

Las he traído aquí, porque es imposible en Coca encontrar cómo proponer absolutamente nada.

La primera, la creación de un organismo con poder de decisión para que cumpla con la legalidad en esta zona. Este organismo citado podría estar conformado de manera mixta: gobierno, ongs, etc. Pero no es éste el momento de decir cómo debe ser. La negligencia y la irresponsabilidad llegan a tales puntos, que 46 días después de tanta tinta corrida, denunciando la implicación de los madereros en este etnocidio de los Taromenane, los madereros han vuelto a actuar con total impunidad, todo esto a la vista de un control militar.

Otra propuesta, la segunda. La creación de un grupo de seguimiento de estos grupos no contactados. Para ello es muy importante el intercambio o una puesta en común de todos los datos de los que disponemos todas las instituciones que trabajamos en la zona, con la finalidad de buscar alternativas de protección.

Así como yo he encontrado cosas muy interesantes y muy ricas en eso de lo que hablaba antes y que propongo de manera un poco más peyorativa, que es el estudio del Yasuní, hay un seguimiento de universidades. A mí me gustaría que las universidades

pudieran ayudar al Estado, ya que el Estado no puede, con estudios de estos grupos humanos de la zona de la Amazonía. Y digo, de estos no contactados y también algunos que están a punto de desaparecer, porque las noticias van por aquí, pero los Sionas Secoyas son 300 personas, no son más, y también están casi en las mismas condiciones.

Simplemente quiero concluir con una frase de Alejandro Labaka en un tema tan controvertido como éste como es el contacto o no contacto con estos grupos. Él decía: “El contacto con estos grupos es muy delicado, comprometido y con frecuencia penoso. Pero el no contacto resulta mortal para ellos”, como así ha sucedido.

Quito, Julio 2003

Anexo

Mail enviado por Juan Carlos Andueza a Miguel Ángel Cabodevilla

LOS WAORANI VOLVIERON A VIVIR UNO DE SUS DÍAS MÁS OSCUROS
LA ESPIRAL DE LA VIOLENCIA DE NUEVO SE CIERNE SOBRE LOS WAORANI

Llego de Quito y Tihue acompañado de Roque me espera en el comedor de casa para acompañarme a Tigüino y contarme el ataque realizado desde el grupo de Tigüino a los Taromenane.

Tihue me lleva directo hasta la casa de Omene, este está concentrado en lo suyo y sin levantar la cabeza sigue puliendo con el machete la punta de una lanza. Tihue rompe el silencio y al rato comienzan a contar lo sucedido sin ningún reparo; esta es la señal de que todo lo sucedido está dentro de sus códigos más genuinos: "toda muerte debe de ser vengada" para que los implicados puedan dejar de afligirse.

"Los enemigos deben de ser amansados o venados" El ataque a sido como antaño, en toda regla: pensado con tiempo; para ello han sido reunidos hombres con la experiencia de Dabo Enomenga y con la bravura y valentía de Omene Nihua; todos ellos unidos por alianzas familiares; en esta ocasión, no hay lugar para los jóvenes.

La expedición está formada por:

- 1 Omene Nihua (el que planea y dirige la operación, hermano de Carlos Omene - muerto por los tagairí),
- 2 Omene Ima (cuñado del anterior e hijo de Babe),
- 3 Yerti Yeti (cuñado de Babe y padre de la mujer que

- murió en el accidente con los madereros en noviembre del 2002),
- 4 Tihue Ahua (cuñado de Carlos Omene, conoce a los tagairí -Baihua- encuentro en el monte en agosto del 2002),
 - 5 Caía Ahua, hermano del anterior),
 - 6 Tiri Omaca,
 - 7 Nenquimo Boya,
 - 8 Yonatan Omene, y
 - 9 Dabo Enomenga (conocido porque participó en los ataques al Coca).

No se si están todos los que son, pero si son todos los que están. La expedición duró toda una semana, con un tiempo infernal por la intensa lluvia. Pasan hambre y mucho frío. Bajaron por el río Tigüino surcan el río Cuchiyacu media hora hasta encontrar un camino Taromenane. Esconden la canoa en un pequeño estero y siguen las huellas de los taromenane, duermen a las pocas horas en plena selva. Al día siguiente logran alcanzar una casa abandonada donde duermen. Se dan cuenta de que hay varios caminos, uno muy ancho que lleva a una casa cerca donde han dormido. Toman el camino más estrecho después de varias horas y de atravesar varios pantanos con agua hasta la cintura y de dejar en el camino hasta 4 o 5 casas viejas llegan hasta la que atacan.

Al notar la presencia de los waorani parece que los Taromenane salen como huanganas y ahí matan algunos hombres (hablan de 4 adultos) también hablan de mujeres, jóvenes y niños, aunque parece que las muertes de mujeres y niños sucedieron dentro de la casa. Hablan de un diálogo, un diálogo del que no entendían muchas palabras y un diálogo por medio del cual fueron informados que hace unos tres meses los Taromenane habían matado a varios Tagairi, entre ellos a Baihua, el que se encontró con Tihue a la altura del km. 36 de la vía a Dicaro. Tenemos unos datos que no resultan nada fácil conjugarlos desde nuestra lógi-

ca, pero que habrá que seguirles la pista, como es el de la muerte de los Tagairi o su total extinción. Dentro de este ataque, tampoco todo es coordinación, Tihue dice que Dabo y otro no pueden caminar aprisa y se retrasan. Todo finaliza con el saqueo de lanzas, cerbatanas, hamacas, loras... Llevan tanta cantidad que por el camino tiene que abandonar parte del botín por el exceso de peso y por que son atacados en tres o cuatro ocasiones, estando en una de ellas Tiri a punto de ser alcanzado por una de las lanzas. Los diferentes ataques fueron realizados por pocas personas (1 ó 2). Parece que estos ataques fueron los que dispersaron al grupo quedando partido en dos, uno de tres personas y el resto de seis; gracias a los disparos al aire de las escopetas pudieron reagruparse. Las últimas dos noches las hacen junto a los ríos Cuchiyacu y Tigüino. No he podido saber cuantas escopetas llevaron, ni tampoco el número de lanzas; talvez unas 4 ó 5 lanzas por persona. Preguntando cuántos mataron con escopeta, dicen que todos mataron con lanza, escopeta no vale. Omene dice que escopeta solo sirve para asustar.

¿Cómo describen a los Taromenane? Son de piernas cortas y fuertes, cuerpo grande, contextura gruesa, piel blanca, pelo corto, orejas con huecos pequeños, ojos rasgados. Cuentan también las diferencias en el lenguaje, las terminaciones de la bodoquera, las estrías de las lanzas, las diferentes medidas de la hamaca; sin embargo, se puede apreciar que es mucho más lo parecido que lo que les distingue.

Después de escuchar esta triste y penosa historia, uno trata de buscar los diferentes momentos o razones que han dado lugar a que de nuevo se prenda la mecha de la espiral de violencia al interior del grupo waorani (el grupo de Tigüino - Babe, en un año ha estado implicado en dos acciones violentas).

La historia waorani nos señala que la causa mayor de mortalidad de este pueblo ha sido por disputas internas.

Toda muerte solo ha podido ser apaciguada con otra u otras muerte?

Desde el año 93 los waorani solo habían ejercido esa violencia hacia el exterior del grupo (brujo quichua, brujo Simar, madereros por negocios chuecos o muerte). En estos casos parecía que podía ser entendida la reacción con una “muy comprensiva explicación”.

Otro dato que la historia nos recuerda es que la violencia, tanto interna como externa, ha provocado más violencia, convirtiéndose la venganza en interminable (Omene prepara ya el próximo ataque para agosto). Como en tiempos pasados: los Tagairi son acabados por los Taromenane, y estos a su vez por los Babeiri

Aquí acabará la historia?

La cuenta regresiva para los Taromenane se acelera. ¿Quién o quienes podemos detenerla? La bola que más caliente, está en manos de los Waorani.

Por hoy hasta aquí. Con algunos de estos datos envíate una cosa mejor hecha para Milagros y Arizt.

He sacado algunas fotos, te interesa que las revele con urgencia?

Saludos,

Juan Carlos

PARA MIGUEL ÁNGEL

Algunos datos más:

Se me olvidó comentarte el asunto de las herramientas. Dicen que tenían 6 hachas nuevas, muchos machetes y ollas de aluminio y otros objetos. ¿Quién les ha regalado? Unos dicen de Alejandro (imposible que las que les llevó a los Tagairi duraran hasta hoy); otros dicen que las que robaron a los quichuas que mataron en el Curaray (lo más que pudieron recaudar ahí fue un machete y alguna olla); les quitaron a los militares de algún destacamento (puede ser); cogieron de las cabañas de Sevilla en el Tigüino cuando ellos no estaban (es posible y también es posible que

estos les hubieran dejado en sus caminos, como señal de buena vecindad, de hecho nunca les atacaron); las lanzaron desde la avioneta (es muy posible que algún grupo hiciera eso). Yo tenía una información de que los grupos de turistas sobrevolaban las casas de los entonces Tagairi dentro de la ruta turística hacia Bamenno y como cebo para que salgan a su paso les lanzaban estas cosas).

Esto nos puede llevar a pensar que los Taromenane hace ya algún tiempo que desplazaron a los Tagairi en dirección al Tivacuno. Esto produce el encuentro con Tihue en la zona del km. 36 vía Dicaro. Recuerdo que en la conversación entre Baihua y Tihue, el primero se quejaba de la falta de herramientas desde que mataron a Alejandro. Se nos queda una cuestión pendiente ¿dónde está la casa de los Tagairi? ¿Queda alguno de ellos?

Los Tagairi muertos a manos de los Taromenane hace unos tres meses son: Huaihua, Huiñari, Cuba y Nampa.

En la p. 446 de tu libro en las listas de nombres al lado de Taga aparecen dos de ellos: Huaihua y Nampa.

A Quimontare mató la familia de CARE- El padre de nuestro guerrero Onene Nihua es Atimo CARE (yo no podía entender el nombre y así me lo escribió un joven). Estos desencuentros tienen tanta continuidad y sentido como los hilos de la madeja de nuestras informaciones de los nombres. Jesús Esteban me llama para decir que en el Extra dicen: *Los Waorani han vengado la muerte de Alejandro e Inés*. Así que va tocar decir algo. La maldad, la ignorancia y el sensacionalismo son tan necias, que al responder, uno siente la impresión de que se convierte en necio. Por ahora esto es lo que hay.

Juan Carlos

2da. Parte

RANDY SMITH

CAPÍTULO 5

LA PROBLEMÁTICA TERRITORIAL TAROMENANE

Randy Smith

1. Introducción

Muchas fábulas se han escrito acerca de los Taromenane y sus conflictos con los Waorani y el mundo exterior, todas con diferentes grados de exageración. Trato en este texto de ilustrar la realidad actual de los Taromenane-Waorani y los problemas que afrontan, ofreciendo, al mismo tiempo, soluciones. Enfatizo la importancia de la preservación de esta tribu aún no contactada. Éste y los otros grupos no contactados son los guardianes actuales del bosque húmedo amazónico, al mismo tiempo añaden intriga y misterio al patrimonio de la Amazonía ecuatoriana. Garantizar la protección de las "últimas gentes" de la Amazonía es garantizar nuestra protección. Mientras ellos continúen transitando por la selva amazónica, existe una oportunidad de supervivencia para el reino del hombre, y el Ecuador empezará a ser el actor principal ofreciéndonos esta esperanza.

He pasado más de 12 años viajando y trabajando en el territorio de los Waorani, los Taromenane y el Parque Yasuní. Trabajé en la demarcación de su territorio; realicé proyectos de ecoturismo con los Waorani; escribí dos libros sobre ellos y sus plantas útiles y trabajé en los conflictos entre los Waorani, colonos, Shuar y los Taromenane. También he sido guía en su territorio con trabajadores Waorani.

La actual situación se está volviendo peligrosa para los Taromenane debido a la matanza de 26 personas (entre hombres, mujeres y niños) de su clan. Los 9 asesinos de los Taromenane ingresaron a la zona intangible el 26 de mayo. Dicen que actuaron por venganza por la muerte de Carlos Omene, Waorani de Bataboro, ubicado cerca de las orillas del río Tigüino, a 110 Km. de San Francisco de Orellana (Coca) en la vía Cononaco-Tigüino. Los Waorani que cometieron los asesinatos vienen de Tzapino, Bataboro, Tigüino, Pindo, Guiyero y Damointado.

Me dio mucha pena ver la reacción de la gente después de la masacre en su territorio. He aprendido que los Taromenane tienen pocos amigos. La prensa no ha hecho una buena cobertura de la historia. Leyendo los periódicos, entiendo que no siempre es culpa de los periodistas. Ellos siempre dicen lo que el público quiere escuchar. Es neces-

rio conocer bien a los Waorani, ya que la verdad puede ser complicada. En unos casos los mismos periodistas han convertido en héroes a los Waorani que han matado a los Taromenane llamándolos guerreros en vez de asesinos. He realizado muchas entrevistas y no quiero revelar los nombres, por la seguridad de esta gente honesta. También he consultado algunas referencias disponibles: las de la Misión Capuchina y las del Padre Miguel Ángel Cabodevilla. Asimismo, comparto mis propias experiencias y lo que he aprendido con los Waorani.

Hay buenas noticias: la mayoría de los Waorani estaban en contra de la masacre, incluyendo a gente de la misma familia de Babe (Babeiri). Unos Waorani dicen que fueron forzados a matar, pero tengo mis dudas. Lo que sucedió fue una vergüenza. Aprendamos de lo que pasó y no dejemos que la historia vuelva a repetirse.

Hoy la palabra Tagaeri se utiliza para denominar a cualquier familia independiente, no contactada de los Waorani. Incluso entre los Waorani actuales encontraremos muchas noticias, datos, opiniones diversas respecto al nacimiento o composición actual del grupo o familias de ese nombre. Los Tagaeri son un grupo extraño para los Waorani, pero son Waorani, en parte familiares y en parte no, resistentes a todos los contactos (hasta hace poco para los Taromenane),

mezclándose con otras familias aisladas en la selva; los actuales sobrevivientes son pocos y están acosados. Tengo la esperanza de que este trabajo pueda ayudar a salvar a las últimas tribus no contactadas.

2. La Zona Intangible

En enero de 1999 el presidente Jamil Mahuad firmó los Decretos Ejecutivos n. 551 y 552, declarando como zonas intangibles el área en el territorio Waorani de los grupos Tagaeri y Taromenane. Estas zonas, quedan protegidas a perpetuidad de cualquier actividad minera, petrolera, maderera y de la colonización. La política del estado ecuatoriano dice que es primordial establecer una alianza basada en el respeto total de los pueblos indígenas, sus territorios, sus culturas y de las áreas destinadas a la conservación. Señala también que es necesario crear un espacio seguro, estable y de tranquilidad, con el fin de permitir el desarrollo de los Tagaeri y Taromenane, respetando su voluntad de permanecer libres de contacto.

Es fundamental reconocer los aportes, argumentos y las acciones de varios actores de la sociedad ecuatoriana e internacional, que han procurado encontrar fórmulas viables de protección a estos grupos amazónicos y de los espacios vitales que habitan.

Con esta decisión, de declarar zonas intangibles, el Estado ecuatoriano cumple con sus deberes constitucionales y asume sus compromisos internacionales, y que deben aplicarse en la definición y ejecución de las políticas públicas, en lo pertinente a derechos humanos en general y culturales en particular, establecidos en la Declaración Universal de los Derechos Humanos. Se deben acoger plenamente el artículo 1.1 de la Convención Americana de la Organización de Estados Americanos (OEA) de respetar y garantizar los derechos humanos de todos los habitantes del país (Ministerio de Medio Ambiente- Unión Europea 1999).

3. La masacre de los Taromenane

Los hechos

Se sabe muy bien que los Taromenane dieron los primeros pasos para iniciar el contacto con el mundo exterior. Antes hacían sus fogatas para cocinar sólo en la noche (por miedo) evitando el descubrimiento del humo. Dejaban la mayoría de árboles alrededor de sus chozas para esconderlas. Pero recientemente se ha descubierto que los Taromenane han construido un camino ancho y muy visible y han dejado espacios grandes alrededor de sus chozas. Esto indica, de acuer-

do con los Waorani, que ya estaban dando los primeros pasos de contacto con el mundo exterior.

He hablado con los Waorani y un shaman de Bamenó; afirman que desean conocer a los Waorani que viven a su alrededor, en los ríos Shiripuno, Tigüino y Cononaco. Una mujer ha dicho que ellos están listos para conocer mejor a los Waorani contactados, y podrían ayudarlos y trabajar con ellos. Cuando los Waorani entraron para cometer la masacre, los Taromenane huyeron dentro de la selva. Más tarde, algunos regresaron. Una mujer rogó para que no los maten. Los Taromenane entregaron su confianza y amistad a los Waorani; sin embargo se dio la masacre.

Fueron delegados nueve Waorani para la misión: Tiri Omaca, Yeti Omene, Homero Nigua, Kaya Ahua, Nenkimo Boya, Omene Ima, Davo Iromenga, Tihue Ahua y Jonathan Ima, quien tenía 12 años cuando vio morir a su padre Carlos Omene, víctima de los Taromenane. La expedición al pueblo Taromenane duró una semana. Los Waorani bajaron por el río Tigüino y subieron por el río Cuchiya-cu hasta encontrar el camino de los Taromenane. Escondieron la canoa en un pequeño estero y caminaron hasta llegar a una casa Taromenane abandonada y allí durmieron. Al día siguiente cruzaron varios caminos. Uno era muy ancho y llevaba de una casa a otra. Después de atravesar pantanos, por varias

horas, llegaron hasta la casa del ataque. La vivienda era grande y tenía dos entradas.

Los Waorani dijeron que no entendían muy bien las palabras del grupo. Mataron sin escrúpulos a niños, mujeres y viejos con escopetas; después pusieron las lanzas de los propios Taromenane en sus cuerpos, fingiendo que habían matado al estilo Waorani. Dos jóvenes corrieron, pero los alcanzaron con dos disparos. Algunos niños se escondieron en el techo y los Waorani los quemaron vivos. Otro niño se fue buscando protección de su padre y un Waorani clavó una lanza dentro de los dos. Los asesinos (no guerreros) llevaron la cabeza de una de las víctimas a la comunidad. Se dice que una de las razones por la que se la llevaron era para señalar que no había sido un grupo Tagaeri, sino un grupo Taromenane el culpable. Los Waorani de Bataboro/Tigüino ya sabían, desde 1993, que eran Taromenane. Yo estaba allí cuando Babe dijo, después de la matanza de Carlos Omene: “No son Tagaeri, son Taromenane, no son familia nuestra”.

Ninguna investigación real de los hechos ha sido publicada hasta hoy. La mayoría de lo que han dicho los Waorani asesinos es mentira. Los autores de la matanza niegan haber sido influenciados por madereros. Antes de la matanza hubo una fiesta en la comunidad de Babe. Allí se discutió acerca de la madera y los Taromenane. De acuerdo con lo que han

dicho unos Waorani, los madereros preguntaron por qué no se había sacado a esa gente de allí para facilitar los trabajos de la tala maderera (cedro) de la zona Tagaeri. Si los madereros no hubiesen despertado un gran interés económico en los Waorani, ellos hubiesen estado menos interesados en la idea. Omene ha dicho a la prensa que las escopetas son para la cacería, para los pájaros y los animales del monte, pero se sabe que mataron con escopetas y después lancearon a los Taromenane, en la mayoría de los casos. Después de la matanza, los Waorani finalizaron con el saqueo de lanzas, cerbatanas, hamacas, loras, etc., probablemente, como siempre, para la venta. El misionero capuchino, Miguel Ángel Cabodevilla, aseguró que los dirigentes indígenas cometieron un error al permitir que los cuerpos de los Taromenane fueran enterrados, porque, para ellos, las osamentas de sus muertos son algo sagrado que nadie puede tocar. Ello podría generar más conflictos. Boya, presidente de la ONHAE, mencionó que cuando los Waorani son asesinados con carabinas, sus familiares prefieren dejar abandonados los cuerpos en medio de la selva.

Esta historia es la historia del fin de uno más de los pueblos indígenas en nuestra Amazonía. Los Tagaeri son acabados por los Taromenane y éstos, a su vez, por los Babeiri, y nadie hace nada.

Se sabe que el ataque fue pensado con tiempo. Después de la fiesta en Bataboro/Tigüino, el 17 y 18 de mayo, los Waorani inmediatamente empezaron a prepararse para la masacre del 26 de mayo. Muchos Waorani hablan de la venganza como razón principal del ataque. Se dice que el robo de la Taromenga Omatoke, en 1993, provocó el comienzo de una guerra cada vez más sangrienta. Después del secuestro de la Taromenga Omatoke, los Waorani devolvieron a esta mujer a su comunidad y emprendieron el regreso a su hogar. Los Waorani fueron atacados por los Taromenane y como producto del enfrentamiento, falleció Carlos Omene. Los Waorani prometieron venganza, aunque no especificaron cuándo ni dónde. La viuda de Omene supuestamente mantenía latente el dolor igual que su hermano. Veo muy extraño eso. Hace unos meses los madereros mataron por accidente a una mujer Waorani. En venganza los Waorani mataron a dos madereros, pero después el mismo Waorani que perdió a su esposa siguió trabajando con ellos. Debe haber mucho dinero de los madereros para que los Waorani estén dispuestos a matar, a perder a su familia y seguir trabajando en esta explotación. ¿Qué alternativas podríamos ofrecer a los Waorani si paramos legalmente esta actividad?

Taromenane: masacre en los últimos días del mes de septiembre de 2003

De acuerdo con la ONHAE, un maderero colombiano (por razones de seguridad no puede decir su nombre) mató a un Taromenane cuando cinco o seis Taromenane salieron para hacer un contacto pacífico. El incidente ocurrió en las cercanías de los ríos Cuchiyacu (Menkado en Waorani) y Tigüino. Varias fuentes indican que el incidente no puede ser confirmado, pero también hay razones para un encubrimiento. Hasta la fecha nadie ha tomado medidas en contra de esa persona en la zona de muerte.

También otros Waorani hablaron de la venganza de sus familiares Tagaeri que murieron cuando los Taromenane los atacaron. La situación actual para los Waorani de la zona del río Shiripuno y el río Tigüino es caótica y peligrosa.

4. Los Taromenane. ¿Quiénes son?

De acuerdo con el sacerdote Miguel Ángel Cabodevilla, se sabe muy poco sobre la historia de los Taromenane. De los registros que tienen, Taromena era el jefe de un clan que hace 100 años tuvo contacto con grupos Waorani y luego permaneció oculto en las cuencas del río Curaray. Sabemos que los Taromenane son un grupo distinto de los Waorani, aunque su lengua y sus armas

son parecidas. Los Waorani dicen que por lo menos vivían de 80 a 100 Taromenanes en el pueblo donde atacaron. Se dice también que hubo 2 chozas más, a poca distancia, lo que quiere decir que existen muchos Taromenane. Los Taromenane vivían cerca del río Cuchiyacu. Omatoke (también se escribe Omatuki) relató a los Waorani de Ñoneno, que estaban de visita en Bataboro, lo siguiente: “Los Taromenane confunden a los Waorani con cowode (forasteros) ya que visten con ropa”.

El grupo no es familia de Babe; ellos son Taromenane y solamente siete de ellos (todas mujeres) son Tagaeri. Los restantes (todos los varones) habrían sido asesinados en guerras intertribales. Algunos nombres de los Taromenane son: Wehwah, Nampah, Pah, Coohuah, Omahteteh, Yihcooh, Wahyo y Mincagui.

Ellos no tienen enfermedades, ni siquiera malaria. Esto es probable, ya que el antropólogo James Yost observó que los Waorani no tenían ningún tipo de enfermedad hasta que fueron contactados en 1958.

Omatoke explicó que los Taromenane estaban furiosos por los individuos que se encontraban “devorando la selva”. Ella se refirió a los anteriores ataques a los empleados petroleros en la región del río Tigüino. Según Omatoke los petroleros morenos son diablos. Un día los Tagaeri observaban cómo unos hombres construían un campamento

petrolero. Uno de ellos quiso matarlos, pero tuvieron miedo de un ataque por venganza. Luego, en el pueblo, decidieron atacar, y en 1989 así lo hicieron; mataron a un negro y a una prostituta cuando se bañaban. Días después, una balsa verde (helicóptero verde) llegó a su pueblo. La gente que se encontraba dentro del helicóptero lanzó regalos a la comunidad. Tres mujeres que no tuvieron miedo salieron a buscar los regalos. Las tres fueron asesinadas con balas. Ella dijo que más tarde llegó otra vez el helicóptero y mató a un niño. Después de los asesinatos, quemaron sus casas y se cambiaron de lugar.

Los Taromenane se ponen furiosos cuando las compañías petroleras trabajan dentro de su territorio, debido al ruido de los helicópteros y máquinas y el gran número de trabajadores caminando por todo lado, la cacería es mala y ellos tienen menos para comer.

Los Taromenane vienen del área del río Nashiño. Se dice que hay también otro grupo no contactado más al sur, y son muy agresivos. Omatuki, hija Tagaeri de Nampa y Yico, cuenta que lo Huanhueiri fueron atacados y muertos por los Nampairi, y, a su vez, éstos se unieron al resto de los Tagaeri. Finalmente, otra transformación aparece, aunque de forma muy confusa. Se podría deducir del relato de Omatoki que hubo un choque violento entre el resto de Tagaeri y un grupo Taromena-

ne; actualmente sólo existen los Taromenane con, aparentemente, algunas mujeres Tagaeri. Ahora ellos dicen, somos Taromenane; otros no, somos Tagaeri. Son pocos los hombres, por eso alguno de los jóvenes se enfada cuando uno de ellos quiere matar; se quejan: “¡Ya quedamos muy pocos y si seguimos matando vendrán y nos acabarán a todos!”.

5. La Comunidad de Bataboro y Tigüino

La comunidades de Babe, en el río Tigüino, merecen especial atención, puesto que son pueblos localizados junto a una carretera petrolera (la vía Tigüino, cercana a campos e instalaciones de compañías petroleras). El contacto frecuente con los trabajadores petroleros, los turistas y madereros, hacen que estas comunidades sean probablemente las más contactadas y dependientes de todos los grupos Waorani que viven en el territorio. Bataboro se localiza cerca del kilómetro 110 de la vía, al sur del pueblo del Coca y Tigüino se localiza a unos 3 kms más al sur. No hay nada de tradicional en el sector y todos los Waorani visten con ropa moderna. Si se los ve desnudos, están pagados y hacen un “show” fingiendo ser gente salvaje, para conseguir lo que quieren. Muchas de las casas tienen electricidad y un sistema centralizado de agua potable. La comunidad también cuenta con duchas y existe una escuela. Los Waorani que viven en Bataboro eran de

un pueblo que ahora no existe (Golondrina), el cual se ubicaba cerca de la comunidad waorani, Huamono. Esta última está un poco alejada del río Curaray, cerca de un pozo petrolero de Petrocanadá (en ese tiempo). Unas pocas semanas después de empezar la exploración y excavación, Petrocanadá condujo al grupo de Babe, vía helicóptero, hacia el sitio donde actualmente se localiza Bataboro. Otros Waorani también han llegado a Bataboro desde Queremeneno, localizado en el Protectorado Waorani.

6. Intereses que rondan el mundo Taromenane

La Declaratoria de Intangibilidad (Decreto n. 552) debe garantizar la supervivencia de esos grupos no contactados, respetando su voluntad de permanecer aislados y desenvolverse conforme a sus propios valores y tradiciones, al mismo tiempo que protege los ecosistemas de los cuales dependen. La Zona Intangible, con una superficie aproximada de 700.000 hectáreas, es un espacio protegido, de excepcional importancia cultural y biológica, donde no puede realizarse ningún tipo de actividad extractiva debido al valor que tiene para la Amazonía, el Ecuador, el mundo y las generaciones presentes y futuras.

Lastimosamente en las áreas mencionadas hay una importante extracción de madera. El gobierno del Ecuador, con la declaración de zonas intangibles, ha demostrado su interés

y voluntad por proteger la integridad cultural y ambiental de nuestra Amazonía. Los Waorani, en cambio, no respetan el decreto del gobierno ni las leyes ecuatorianas.

Hasta la fecha, los Waorani dicen que no aceptarán una ley que los juzgue, “porque se trató de un enfrentamiento entre enemigos”, y advierten el inicio de una guerra si la Fiscalía los enjuicia.

El marcador

Taromenane: 0

Waorani: 146

Babe y su clan

Cuando hicieron el primer contacto con Babe, lo interesante era que lo encontraron vestido con pantalones cortos y no la típica desnudez. Babe es un viejo guerrero que tiene constante contacto con el mundo de afuera: militares, misioneros, petroleros, madereros, turistas, la gente del Coca, donde se lo ve muchas veces comprando víveres, etc. Como en todo proceso de transición de una cultura a otra, siempre habrá confusiones y problemas. La verdad es que Babe siempre ha sido una fuente de problemas en la zona, especialmente para los petroleros y compañías turísticas. No ha sido fácil para Babe adaptarse a su nueva vida y para él no es fácil entender por qué para la gente de afuera es importante que sigan viviendo los Taro-

menane si son sus enemigos. Es muy complicado hacerle comprender que la existencia de los Taromenane es incluso beneficiosa para él (más flora y fauna y mejor cacería si no hay petroleros dentro, etc., y los beneficios del turismo en una zona rica en flora y fauna). Babe robó varias veces las casas de los Taromenane, secuestró una mujer taromenane, pero no se sabe si ha matado a otros Taromenane. Los Waorani saben guardar silencio cuando es necesario.

Omatuki cuenta que ha habido por lo menos cinco muertes en los años 90. ¿Quién será el culpable? Para el clan de Babe, protegerse de los Taromenane es su interés, puesto que viven cerca de un grupo que ha sido su enemigo. Para esto no ha dudado en aliarse con los militares, los petroleros, los madereros o los misioneros. Sabe que hay intereses detrás de los Taromenane, porque a Babe llegan propuestas muy variadas: ser guías para los helicópteros, ser guías para turistas y hasta para periodistas que aspiran tomar una foto o ver un Taromenane; rutas de explotación de la madera y petróleo, promesas de riquezas, intereses de expansión étnica o del territorio, temor ante la muerte, conocer al pueblo no contactado; cámaras de fotos y vídeo rondan a los Taromenane. Después de la muerte de Carlos Omene, Babe se hizo una promesa: vengarse de los Taromenane con su matanza, sin importar el número.

Los otros Waorani

La mayoría de los Waorani están en contra de lo que pasó en la zona del río Cuchiyacu. Los Waorani de Bameno, ubicados en las orillas del río Cononaco, me dijeron que ellos necesitan a los Taromenene: “Si no hay Taromenene, no hay territorio Waorani”. Dicen que cuando los Taromenene viven cerca de ellos, el territorio Waorani está protegido debido al miedo que la gente les tiene, y los petroleros no entran. Muchos Waorani no podían creer que los 9 asesinos mataron también a niños.

Madereros

Se puede ver a diario muchas canoas llenas de madera. Supuestamente es una compañía colombiana trabajando con los Waorani de Ñoneno, Armadillo, y el más importante y peligroso, Bataboro/Tigüino. Los Waorani y los madereros no tienen ningún respeto por las declaraciones legales del Parque Yasuní, la Zona Intangible y el territorio del clan Taromenane. Se puede ver la extracción de madera en los puentes de la vía Auca en el río Tigüino y el río Shiripuno (pozo ocho). En la zona Taromenane he sido testigo del uso de dinamita para pescar y alimentarse. Además se sabe que los madereros tienen armas para la cacería, y debido a sus amenazas contra cualquiera que se queje de su actividad ilegal, son peli-

grosos. No se puede hacer una denuncia. No hay ningún control en la zona. Mientras los Waorani ganan poco con esta actividad, los madereros tienen fuertes ingresos.

En la zona declarada intangible, los madereros abrieron una trocha con ayuda de los Waorani para poder sacar los troncos de la selva. Después de la matanza, los Babeiri han dicho que no permitirán que los taladores accedan a sus comunidades y su territorio (lo cual es poco creíble), pero los madereros ya están trabajando otra vez dentro de la zona. La comisión de la Conaie e indígenas amazónicos rechazó la versión de la venganza y pide la investigación por la presunta participación de madereros y petroleros en la matanza de 26 Taromenane.

He visitado la zona de Tigüino, cerca del río Cuchiyacu, en el mes de agosto de 2003. Todavía siguen trabajando los madereros en el río Shiripuno y en el río Tigüino, en las cercanías del río Cuchiyacu y dentro de los límites del Parque Yasuní.

Las compañías petroleras

Se sabe que los petroleros quieren trabajar en la Zona Intangible, y una compañía ya ha pedido permiso, pero fue rechazado. También quieren realizar la construcción de una carretera dentro del límite taromenane. Se sabe que unos grupos indígenas plantea-

rán que las petroleras salgan de la zona, pero nadie hace nada en contra de los madereros. Es obvio que los petroleros no quieren que los Waorani sean juzgados, debido a la amenaza de una guerra en su contra. Los petroleros tienen interés en seguir trabajando en el sector y no quieren que sus trabajos sean paralizados. El interés económico en este sector es muy fuerte.

Ministerio de Ambiente

Desde hace tiempo extraen ilegalmente madera en el río Tigüino. Se ven los tablones de cedro en el puente del río Tigüino y selva adentro en muchos sitios. Pese a que muchos han hecho las denuncias sobre el tema de la madera, nadie ha hecho nada al respecto. A pesar de que el Ministerio de Ambiente es también creado de las zonas intangibles de la Amazonía ecuatoriana, no ha intervenido en el control del sector ni en el enjuiciamiento de la gente que hace actividades ilegales dentro de la Zona Intangible. Ecuador es conocido por la creación de reservas y parques, pero la declaración solo se queda en el papel. Todas sus declaraciones son violadas. No hay ningún control.

Militares

Después de todo lo que pasó, no hay ningún control en el sector. La ONHAE está pi-

diendo un control militar en el lugar. Hace 10 años existía, pero todos ocupan sus energías controlando a los turistas en vez de vigilar las actividades destructivas que se dan en la zona de Tigüino.

Las FFAA ya han dicho que no habrá una inspección para evitar conflictos con los Waorani, quienes se oponen a la presencia de la Fuerza Pública. Me imagino que esto quiere decir que la zona de Tigüino es intocable, por lo que los Waorani, los madereros, etc., tienen derecho a hacer lo que les venga en gana. Me parece que las autoridades miran a la zona como un sector independiente, sin ley; una zona libre para trabajar en negocios ilegales, una zona donde la gente es libre para matar.

Los Waorani han amenazado con matar a los militares y policías si entran para hacer una investigación de la zona. Los petroleros no quieren problemas, debido a la posibilidad de perder tiempo y dinero si hay problemas con los Waorani. Hay demasiados intereses en este sector tan sensible. Entiendo los temores de la zona, pero, ¿estaremos listos para el genocidio de un pueblo indígena completo sólo por dinero?

La policía y el fiscal de Pastaza

El fiscal de Pastaza ratificó que se ha abierto el proceso investigativo y se debe lle-

gar hasta los responsables de este hecho, "que deberán ser juzgados según las normas constitucionales y penales". Hasta la fecha no se ha hecho nada y debido al miedo de la gente que debe controlar el área, los asesinos quedarán libres. Los madereros ya están trabajando otra vez, después de la masacre; falta control y nada ha cambiado. Parece que los militares y la policía temen una guerra. No hay ninguna denuncia hecha en contra de los Waorani ni de los madereros.

ONG's

Unas ONG's ya han dicho que no se debe hacer nada en contra de los Waorani, debido a que todo es cultural. La gente que dice esto demuestra falta de conocimiento de los Waorani y su cultura, su situación actual y los problemas de la zona. Los grupos internacionales y nacionales sin experiencia con los Waorani, o que no entienden la realidad de su situación actual, pueden perjudicarlos. Frecuentemente estos grupos no consideran las implicaciones que pueden resultar si no se ofrecen soluciones a los problemas que enfrentan este pueblo. Fundaciones que ayudan ahora a los Waorani con fondos están colaborando con el genocidio de una tribu Amazónica. Debe haber sanciones contra los Waorani, pero no se pueden entender sus razones para no hacer nada. Es obvio, temen al clan Babeiri.

ONHAE (Organización de la Nacionalidad Waorani de la Amazonía Ecuatoriana)

Los dirigentes Waorani me han dicho que tienen miedo de los Babeiri si ellos enjuician a los asesinos. No quieren más problemas de inestabilidad en la zona y guerras entre los mismos Waorani en el sector (Ñoneno-Bataboro, etc.). Hay que anotar que un hermano del presidente de la ONHAE era uno de los asesinos en la masacre. La situación ya se ha hecho muy delicada.

Hay miembros de la ONHAE que no consideran a los Taromenane como miembros del grupo étnico Waorani. El presidente, Armando Boya, está buscando fondos para contactar a los Taromenane y moverlos a otra área más segura.

Otros grupos indígenas

Los grupos indígenas piensan que ellos están fuera de la ley ecuatoriana. Varios grupos, incluyendo la ONHAE, no aceptarán que la Fiscalía u otros organismos del Estado ingresen al sitio donde se produjo la matanza de los Taromenane. Ellos dicen que los indígenas tienen sus costumbres y va a conducirse bajo esa ley. También, el presidente de la FCUNAE me informó que la ley ecuatoriana no toca a los indígenas y que deben respetar sus derechos (para mí esto quiere decir que tienen el derecho de matar a quien ellos quieran).

Compañías turísticas

Hay dos compañías trabajando en el territorio Taromenane. Bataboro Lodge (Kempery Tours), en el río Tigüino, y Jungal Tour en el río Shiripuno. Las dos quieren seguir trabajando en el sector y no quieren perder sus inversiones. Bataboro Lodge está funcionando en el mismo sitio donde hubo un incendio el mismo día de la masacre. Los turistas que visitan los sectores de los ríos Shiripuno y Tigüino no saben lo que pasó el 26 de mayo de 2003.

Es muy importante que las compañías turísticas sigan trabajando en el sector, pero se debe esperar hasta que la situación sea más estable. Es necesario garantizar la seguridad de los turistas y la de los empleados. Debido a la falta de control en la zona, las compañías turísticas son buenas fuentes de información de lo que está ocurriendo en el territorio.

En la zona del Tiguino, lamentablemente, continúa la operación turística, lo cual pone en riesgo a los turistas y empleados que ingresan y laboran en esta zona. Cabe añadir que, si algo ocurriera con los empleados o turistas, esto causaría un daño a la tan deteriorada imagen de la región y del Ecuador. Las autoridades deberían, de alguna forma, prohibir el ingreso a esta zona hasta que los hechos se aclaren y se tome medidas de protección tanto a los Taromenane como a la gente que circula por el sector.

El ingreso de la empresa turística en esta zona ayuda a tener información permanente y fresca de los últimos acontecimientos, ya que no hay monitoreo de parte de ninguna institución. Cabe preguntarse si al seguir trabajando en el río Tigüino se está dando aprobación de lo que pasó en el sector Taromenane. ¿Como aprenderá Babe si no recibe ningún castigo por lo que su clan inició? Los Waorani del sector tampoco han respetado el contrato que hicieron con Kempery Tours, en Quito. Simplemente quieren dinero y están dispuestos a conseguirlo de cualquier manera. Los Waorani del río Shiripuno respetan los derechos de los Taromenane. Huanee, el jefe del grupo de Ñoneno, me ha dicho que los Taromenane son familia. Se debe hacer una reunión entre ONHAE, el Ministerio de Turismo, las Fuerzas Armadas y las compañías turísticas.

Misioneros

Es obvio que los misioneros capuchinos no van hacer nada en contra de los Waorani. Ellos piensan que los indígenas han actuado dentro de sus normas y no se debe sancionar a nadie. Este argumento de la cultura indígena es peligroso y falso. Si los Waorani pueden ir al Coca, comprar víveres, ropa, tomar en los bares, dormir en los hoteles, bailar en las discotecas, visitar los *night clubs*, ellos ya están dentro de los límites de la cultura ecuato-

riana y deben seguir sus normas. Los misioneros tienen miedo que los Waorani se pongan en contra de ellos; quieren evitar cualquier enfrentamiento con los Waorani. Los misioneros capuchinos (no todos) dicen que los Huoarani no conocen la ley. La Misión Capuchina tiene un archivo impresionante sobre los pueblos indígenas de la Amazonía ecuatoriana, incluyendo a los Taromenane.

Los Kichwas del Curaray

Los Kichwas del río Curaray quieren coger más territorio en este sector Taromenane. Aquí existe una abundante fauna para una mejor cacería. Hay problemas graves entre los Kichwas del Curaray y los Waorani del sector y ya han existido matanzas de los Waoranis contra los Kichwas. Entre el pueblo del Curaray y Pavacachi se encuentra el territorio Taromenane, en sus límites al sur. A veces hay confusión y no se sabe si los Taromenane o los propios Waorani han atacado. Para visitar Pavacachi, desde el pueblo de Curaray hay que pasar el territorio de los Taromenane.

Debido a la sobrepoblación del área del pueblo Kichwa del Curaray, los Kichwa quieren expandirse dentro de los límites del territorio Taromenane. Un líder indígena de la zona, Armando Vargas, dijo que le gustaría que el grupo Taromenane sea movilizad a

otra área, así los Kichwa podrían seguir con su plan de ecoturismo. También anotó que hay miembros de la comunidad que han visto a los Taromenane.

La Prensa

La prensa ecuatoriana mira a los Waorani como guerreros que todavía viven como salvajes dentro de la selva amazónica. Los periodistas no entienden la realidad Waorani y los ven como héroes. Quieren proteger a los Waorani y no hablan de la protección a los Taromenane. Los periodistas no entienden que los Waorani les están diciendo lo que quieren escuchar.

7. Historia de los Waorani

Se cree que los Waorani siempre han sido muy pacíficos hasta la intervención de los caucheros y después de las compañías petroleras. Desde su ingreso comenzaron la persecución y el acoso de las presuntas compañías y colonizadores en contra de los Waorani, incluyendo los Kichwas. Los Waorani fueron víctimas de la persecución cauchera y los volvieron agresivos para defender su territorio. Los caucheros, a principios del siglo pasado, mataron a la mayoría de las poblaciones Waorani, vendieron a algunos en los mercados de esclavos de Iquitos y Manaos, y obligaron a los Waorani a buscar refugio en el aislamiento total.

El odio contra los caucheros y otros foráneos se extendió a través del territorio waorani de generación en generación, forzándolos a esconderse lejos, dentro de la selva ecuatoriana. Desde entonces los Waorani siempre han tenido una alta mortalidad, debido a los frecuentes ataques entre unos y otros. Con la llegada de las compañías petroleras, otros problemas han surgido. Los trabajos petroleros en el territorio han creado conflictos y acciones de sangre y violencia entre los dos lados. Las compañías siempre pidieron la colaboración de las Misiones para acelerar los contactos de amistad a fin de poder realizar la explotación petrolera. Las etnias continuaban disputando territorios y poder y trataron de reconstruir nuevamente sus espacios geográficos. Con el hallazgo petrolero en la zona waorani, las progresivas exploraciones petroleras colocaban a los Waorani en el punto de mira de intereses económicos, militares, antropológicos, turísticos, misioneros, entre otros.

Desde los años veinte la región amazónica ecuatoriana fue foco de interés para la actividad petrolera, aunque sólo en los años setenta se inició la fase de exploración petrolera más importante. En los años 80 y 90 empezaron los verdaderos problemas. En septiembre de 1955, los misioneros protestantes pertenecientes al Instituto Lingüístico de Verano (ILV) y el grupo de aviación misionero

(Asociación Misionera de Aviación, ahora Alas de Socorro) iniciaron la Operación Auca. Ellos planeaban contactar el asentamiento de los Waorani que se ubicaban cerca del río Curaray, denominado Terminal City.

Por varios meses, cinco misioneros esperaron el momento del contacto mientras arrojaban regalos sobre los asentamientos waorani. El 8 de enero de 1956, los misioneros fueron matados por lanzas Waorani, en una reunión previamente arreglada en una playa de arena ubicada en el río Curaray.

A finales del año 1958, Raquel Saint (hermana de una de las víctimas) y Elizabeth Elliot (esposa de uno de los cinco misioneros asesinados) empezaron a contactar a los grupos waorani. La Misión Capuchina ubicada en el Coca empezó a contactar estos grupos en los años 70; el primer contacto fue realizado por Monseñor Labaca en diciembre de 1976. Este contacto se hizo con un grupo Waorani ubicado en la región del río Yasuní.

El 21 de julio de 1987, Monseñor Labaca y la Hermana Inés Arango fueron asesinados por los Tagaeri, cuando intentaban establecer contacto.

Después de tantos años de evangelización, la mayoría de los Waorani, tienen poco entendimiento del cristianismo, que no va más allá de unas pocas historias bíblicas y la noción de Dios como un creador benevolen-

te que puede responder a las oraciones y que no desea que maten. Para la mayoría de los Waorani, el ser cristianos significa: “creemos en Dios”. (Antropólogos Clayton y Carole Robarcheck, 1989).

Debe mencionarse que Raquel Saint ha realizado un trabajo extraordinario, quizás hasta salvando a los Waorani de una extinción eventual. Los Waorani, en este tiempo una de las tribus más violentas en la historia, estaban matándose entre ellos, con una tasa de mortalidad impresionante antes de ser contactados. Cuando se estableció el primer contacto, su población ascendía a 500 individuos. Los Waorani tienen una tasa homicida del 40% como resultado de las guerras internas.

La cultura Waorani está desapareciendo debido al contacto constante de una población tan pequeña con la cultura dominante. Actualmente, los Waorani se casan con los Kichwas, Shuar, gente no indígena y hasta con los madereros (un maderero que se casa con un Waorani tiene el derecho a trabajar en el territorio sin problemas). También parece que su cultura y manera de matar esta cambiando; ahora cuando matan lo hacen con carabinas y cortan las cabezas.

8. Historia del conflicto entre los Taromenane y los Waorani

La amenaza potencialmente más peligrosa para los Taromenane viene de los mismos

Waorani (el grupo de Babe), quienes en algunas ocasiones han intentado contactarlos por varias razones. En abril de 1993, Babe, con varios miembros de otras comunidades, intentaron tener contacto con quienes se pensó que eran Tagaeri. Entró a la comunidad en aparejo militar completo, disparando al aire con una escopeta. El grupo abandonó la comunidad y Babe y sus invasores despojaron a la comunidad de sus ollas, lanzas y animales (mascotas). Las lanzas, los animales y las artesanías fueron destinados a uso privado o al comercio en Coca. Este incidente fue provocado. Cada vez que se intenta pagar o incitar a los Waorani (especialmente al grupo de Babe) para contactar a este grupo, ya sea con dinero y/o intercambio, se despierta gran interés en ellos.

Los siguientes intentos de contacto por parte de Babe fueron más agresivos. En septiembre de 1993, Babe y otros miembros de la comunidad de Bataboro entraron al pueblo Taromenane. Secuestraron y se llevaron consigo a una mujer desnuda llamada Omatoke. Se habla también de su violación. Fue entonces cuando nos enteramos de la existencia de los Taromenane (Taromenga, un Taromenane). Parece que los Taromenga se habían trasladado al área en mención para el año 1990. Babe mantuvo a Omatoke virtualmente como prisionera en la comunidad por cuatro días y dijo que hacía esto para tener

contacto con el grupo Taromenane. Expresó que ellos podrían ser su familia, pero que ahora se daba cuenta que los Taromenane son un grupo Waorani separado del clan de Babe y él no conocía a nadie en este grupo.

Los Taromenane habían asesinado a la mayoría de los Tagaeri en guerras intertribales y solamente unas pocas mujeres habían quedado. Ellas fueron secuestradas y se hicieron miembros del clan Taromenane. Cuatro días más tarde los Waorani devolvieron a Omatoke a su comunidad para atraer a los restantes Taromenane hacia Bataboro. Nuevamente el grupo huyó, incluso Omatoke. Los compañeros de Babe (excepto éste, quien no fue) invadieron y despojaron nuevamente a la comunidad para comerciar su artesanía con los turistas. Al retorno, fueron atacados y un Waorani, Carlos Omene (Inewe), fue lanceado y murió al día siguiente que arribaron a Bataboro (30 de septiembre de 1993).

Las noticias se propagaron rápidamente y los militares de Coca llegaron para recuperar el cadáver de Ineve el 29 de septiembre de 1993. Inmediatamente el grupo les explicó los hechos, por supuesto sin exponer las razones para el ataque. Personalmente le expliqué al Coronel Molina, de la Brigada 19-Napo, los verdaderos acontecimientos. El grupo de Babe solicitó bombas y pidió que los militares bombardearan el pueblo.

Inmediatamente después de la invasión los Taromenane abandonaron el área y quemaron su chacra y choza y se alojaron en la selva buscando otro hogar. Actualmente nadie conoce su exacta localización. El grupo de Babe (Babeiri) dice que quiere civilizar (¿matando?) a los Taromenane. Entre abril y diciembre de 1993 hicieron por lo menos 5 viajes dentro del territorio taromenane en el sector de los ríos Tigüino y Cuchiyacu. Antes que Omatoke fuera devuelta a su comunidad (por pedido de la misión Capuchina para evitar que ella adquiriera enfermedades contagiosas), el Waorani César Ahua pidió a Omatoke que los Taromenane paren las matanzas entre ellos y que ellos tampoco deben matar a otra gente no Taromenane debido a ataques de venganza que pueden ocurrir. Explicó el proceso de la demarcación del territorio Waorani y habló de futuros contactos con fiestas y la ayuda de los Waorani a civilizarlos.

Los días 14, 15 y 16 de julio de 1994 han sido inolvidables para mí. Estaba haciendo investigaciones de las plantas útiles de los Waorani en el pueblo de Ñoneno. Una Waorani vino para decirme que Babe y su gente iban a atacar a los Taromenane y yo debía ayudar a esta pobre gente. Inmediatamente fui a hablar con los militares que siempre me han ayudado cuando existen problemas en el sector. Hablé algunas veces, durante dos días, con ellos. El 15 de julio de 1994 me fui

otra vez, pero esta vez con el Waorani Juan Enomenga. Los militares de la Brigada 19-Napo, del Coca, viajarían con nosotros al día siguiente. Se les dijo que si los Waorani atacaban a los Taromenane, serían encarcelados. El primo de Juan, Nenqueri, también nos acompañó. Al siguiente día llegamos muy temprano al río Tigüino, con los soldados, justo a tiempo. Un grupo de Waoranis ya estaba preparando la canoa para bajar el río Tigüino. Inmediatamente empezaron Juan y Nenqueri a gritar a los Waorani: “Ustedes no tienen derecho de hacer este ataque”; arriesgaron sus vidas al gritar a esta gente que iba a hacer una masacre. Después de gritos, amenazas y quejas, un Waorani me dijo: “Ya no vamos”. Los Waorani se pusieron de acuerdo y salieron al Coca conmigo. En la noche se realizó una reunión con el General Barahona; con su ayuda, el conflicto fue resuelto y los Waorani se fueron contentos con los resultados de la reunión. Ellos sabían que de ahora en adelante no podían molestar más a esta gente. Salvamos sus vidas.

9. La amenaza kichwa en el sector del río Curaray

Desde hace unos años he visitado la región del Curaray, entre el pueblo de Curaray y Lorocachi. Entre Curaray y Pavacachi existe un área donde nadie vive, debido al miedo de los Taromenane que consideran esta área

su territorio. Se han visto Taromenane, y posiblemente otro grupo, pero sin violencia. Los Kichwas temen que los “salvajes” rapten a sus mujeres. Sí existe esta posibilidad; pero también sabemos que los Taromenane son curiosos, y debido a las siembras que tienen (yuca, plátano y otros), es posible que les quieran robar (tomar) unas plantas de las chacras.

En noviembre del 2000, dos miembros de la familia Vargas perdieron sus vidas en manos de los Taromenane. Se encontraron 17 lanzas en el cuerpo del señor Vargas y 4 en su esposa. Los dos tenían más de 60 años de edad. Construyeron su choza nueva dentro de los límites del territorio Taromenane. Se puede considerar la construcción de esta choza como “la expansión kichwa” en el sector kichwa. Un niño fue testigo; relató los hechos, y con suerte los Taromenane no lo mataron. Hay gente que dice que no eran los Taromenane, que fueron los Waorani quienes lo hicieron.

En el pasado ya había matanzas en el sector del pueblo del Curaray realizadas por los Waorani; pero la matanza de la familia Vargas fue porque estaban en el territorio de los Taromenane, y por las lanzas se supo que no eran los Waorani. De todas maneras tengo mis dudas y veo muy extraño el hecho de que no hayan matado al niño. Se sabe, por las lanzas, que había más de un grupo; posi-

blemente fueron tres los que habían atacado. ¿Será posible que un Wao o unos Waorani se juntaran con ellos? Ya sabemos que hay contacto escaso entre los grupos.

Tony Muñoz (sociólogo) ha dicho que los tres grupos no contactados se unieron para tener más fuerza en la protección en contra de los invasores de afuera. También dice que necesitan mujeres para evitar relaciones sexuales entre parientes (considerado como tabú, pero a veces inevitable) y niños con defectos de nacimiento.

Durante una reunión con la comunidad del Curaray en junio del 2001, expliqué que no tienen derecho a molestar a esta gente. La grupos no han molestado a nadie, incluso se fueron a vivir en su territorio. El Padre Armando Vargas estuvo de acuerdo en que debemos respetar los límites territoriales.

He aprendido mucho durante mi visita al Curaray. Los indígenas siempre están en busca de una mejor cacería, y con los incrementos de la población y las presiones de afuera (como la entrada de compañías petroleras y madereras), se sienten en la necesidad de expandir sus territorios para tener una mejor vida. En el caso de los Babeiri, parece que la cultura está cambiando; están en busca de mejores fuentes de ingresos.

En Pavacachi me han recibido con las mismas respuestas: “Si los Taromenane no nos molestan, tampoco nosotros molestare-

mos a ellos". En Lorocachi he encontrado buenas intenciones hacia los Taromenane por parte de los militares. Me parece que todos respetan su derecho a un territorio. El Coronel Narváez, de Inteligencia, en la Brigada 17 Pastaza también estuvo de acuerdo con mis intenciones para la protección de los Taromenane.

10. Si se entrara en contacto con los Taromenane, hoy, ¿qué les sucedería?

Lo inevitable sería llevarles enfermedades y muerte. Con una población tan escasa y el probable contacto con muchos grupos que estarían interesados en conocerlos, los resultados podrían ser desastrosos si no se toman precauciones. La persecución a este grupo sería masiva. Antropólogos, medios de comunicación, misioneros protestantes y católicos, turistas, representantes de compañías petroleras y los Waorani mismo formarían parte de una cruel persecución a este grupo. Los Taromenane pueden ser considerados como los verdaderos guardianes de la selva y del territorio Waorani. La flora y la fauna son abundantes en esta zona ya que este pequeño grupo vive en armonía con su ambiente, mientras que muchos de los Waorani ya no lo hacen. Este grupo se conserva como el verdadero banco cultural de los Waorani ya que la aculturización de los contactados ha sido muy intensa. Los Taromenane aún viven

como lo hicieron antes los Waorani, preservando su cultura original, recordando lo que los Waorani hoy en día ya han olvidado. El área donde los Taramenane habitan y cazan se mantiene intacta. Si los Taramenga protegen sus propios intereses, también estarán protegiendo y preservando el actual territorio Waorani contra las amenazas de destrucción y colonización del desarrollo petrolero y hasta de los Waorani de Bataboro.

Los Waorani contactados, en realidad, están absorbiendo las peores partes de las culturas dominantes que los rodean, así como lo han hecho todos los grupos indígenas que han experimentado formas similares de contacto forzoso.

“Cuando se da el primer contacto pacífico con la sociedad nacional, el indígena le atribuye un enorme prestigio, por su gran superioridad técnica. Cuando la mortalidad y la desintegración del grupo debido a imposiciones ecológicas y bióticas comienzan a inquietar a los indígenas, por precio que pagan por la coexistencia pacífica con los “civilizados”, surgen generalmente unas fases de contraaculturación violenta, pero la mayoría cae en una actitud resignada y llena de amarga reserva frente a la sociedad nacional. El destino de cada grupo dependerá, esencialmente, del ritmo de la transfigu-

ración étnica. Cuando se trata de un ritmo rápido, las tensiones que se van acumulando llevan a la tribu a la extinción, por la pérdida del sustrato demográfico y el colapso de su estructura sociocultural. Cuando es más lento, permite nuevas definiciones del patrimonio cultural, la recuperación de las debilidades biológicas y el establecimiento de formas de adaptación de la tribu con su contexto regional de cohabitación; todo eso permite prolongar la supervivencia y persistencia de la identidad étnica. (Antropólogo Gilio Brunelli 1989).

Con el contacto, los Taromenane caerán en lo profundo de la escala social. En la actualidad, los Waorani explotan a los grupos con menor contacto que viven a grandes distancias, adquiriendo artesanías a precios ridículos, o las toman gratuitamente para comercializarlas a los turistas a precios extremadamente altos. Es sorprendente el temor que sienten hacia los helicópteros, identificándolos con un pájaro que se come a las personas; lo comparan con el águila arpía que se roba a los monos y se los lleva en las garras; además, tienen otras narraciones donde identifican al helicóptero con algo que les trae la muerte. Debido a los ataques en el pasado, no es sorprendente que los Taromenane teman a los helicópteros. Ellos jamás identifican a las

avionetas con la muerte, aunque también han volado en ellas muchas veces. Hoy en día el tablero de ajedrez ha cambiado. Hay muchos intereses sobre los Taromenane y más aún en su territorio. Es complejo y difícil plantear un contacto, talvez hasta imposible. Pero temo que no tenemos elección.

11. Conclusiones y recomendaciones

El respeto a los derechos humanos básicos de los Taromenane y el permitir a este grupo que siga su propio ritmo, es garantizar la protección de las "últimas gentes" de la Amazonía. Es de esperar que el Ecuador garantice su protección como se lo ha venido haciendo en el pasado. Existen, lamentablemente, intereses muy intensos relacionados con la explotación de la madera. Los ingresos son muy fuertes y hay mucha gente involucrada en esta actividad ilegal, hasta puede ser peligroso detenerla. También se sabe que no se puede creer a los Waorani del Bataboro/Tigüino. Están listos para tomar cualquier medida con el fin de preservar sus intereses, inclusive amenazar con matanzas. Las autoridades tienen miedo a los Waorani y también temen el bloqueo de la explotación de petróleo si hacen algo en contra de ellos en este sector.

No se puede confiar en la organización Waorani (ONHAE) debido al miedo que tienen de Babe y a causa de las relaciones fami-

liares con los culpables. Falta profesionalismo de los periodistas ecuatorianos en la cobertura; no han hecho las investigaciones necesarias para presentar mejor la historia. ¿Es hora de decirle adiós a la Amazonía ecuatoriana? El Padre Juan Santos Ortiz opinaba que “dejarlos solos es condenarlos a la extinción”. Yo recomiendo que exista un contacto lo más pronto posible con los Taromene, para salvarlos de un genocidio por parte de los Waorani de Bataboro/Tigüino. Es muy importante el reubicarlos en una zona alejada de Babe, donde él no tenga ninguna autoridad sobre ellos. Se debe hacer el contacto con los Taromenane con mucho cuidado. Se puede localizarlos y llamarlos con altoparlante (por ejemplo), explicando que somos amigos y queremos ayudarlos. Una mujer deberá acompañar la expedición. Se debe hablar con Wanee de Noñeno de este asunto tan urgente e importante.

También se debe enseñar a los Waorani las leyes ecuatorianas. Muchos de ellos desconocen la Constitución, y el Estado no puede castigar donde aún no ha enseñado, (aunque en este caso estoy seguro de que la mayoría conocía la ley y sin embargo hicieron lo que hicieron). Se debe advertirles simplemente (otra vez) que si ellos realizan otro atentado en contra del pueblo Taromenane, serán castigados con toda la fuerza de la ley. Bajo ninguna circunstancia debemos permitir que este delito pase otra vez. Los jóvenes,

sin embargo, conocen la ley muy bien, pero se perdieron con todo el movimiento dentro de la comunidad.

Nada justifica esta matanza y nada justificará otra. Si los Waorani no quieren seguir las leyes ecuatorianas, deben ser encarcelarlos o no se les debe permitir que salgan de su territorio. Muchas veces he hablado con las autoridades, también he presentado varios escritos, lamentablemente sin resultados. Se me ha advertido sobre mi propia seguridad al intentar parar la explotación y venta de la madera.

Babe quiere exterminar a este pueblo para conseguir el territorio y ser el negociador de la madera. Somos testigos del genocidio de un pueblo y estamos obligados a proteger a esta gente. Las matanzas deben parar. El territorio donde viven los Waorani y los Taronane forma parte del Parque Yasuní, que es también Reserva Mundial de la Biosfera según la UNESCO. Se debe respetar esas zonas y de la Zona Intangible. Hasta la fecha, una comisión de alto nivel de indígenas de diversas organizaciones reunidas en Puyo han propuesto un mandato de resoluciones para intentar solucionar este conflicto.

- Se debe iniciar un proceso de investigación. Todos saben lo que está pasando en la región de Tigüino. En mis dos libros he escrito sobre los problemas de la zona. El

Padre Miguel Ángel Cabodevilla ha escrito varias publicaciones. También he hablado con las autoridades en varias ocasiones. No existe un proceso de investigación. Se hace necesario un trabajo rápido a fin de resolver esta situación.

- Exigir al Estado ecuatoriano así como a las autoridades regionales y locales vigilar y garantizar el respeto a los derechos colectivos de los pueblos y nacionalidades amazónicas, en particular del pueblo Waorani o Taromenane.

Todos saben que el gobierno y las autoridades regionales y locales no pueden hacer nada sin dejar de tener problemas mayores con los Waorani y la potencial paralización de la explotación petrolera. Los Waorani contactados ya tienen una fuerte ventaja: tienen la madera, tienen petróleo, saben que todos los temen, así obtienen el apoyo de los grupos indígenas, misioneros, ONG's, madereros, petroleros, el Ministerio de Energía y Minas, el Ministerio del Ambiente y su propia organización (ONHAE). Los Taromenane no tienen el apoyo de nadie en este asunto patético. El gobierno ecuatoriano sigue ausente, como lo ha estado durante toda la historia de la amazonía ecuatoriana.

- Exigir las garantías para una intervención de la fuerza pública en el territorio Waorani (en caso de ser necesaria). Esto es muy importante para los Waorani. Les

permiten hacer lo que quieren, y a los grupos indígenas que tienen más poder en el país, les dan otra oportunidad para conseguir sus metas políticas. Desafortunadamente esto puede significar un genocidio completo de los Taromenene si nadie los protege del grupo de Babe y los madereros.

- Demandar al Gobierno la urgente conformación de una comisión técnica con la finalidad de demarcar la zona intangible.

Después de la demarcación del territorio Taromenane, ¿quien va proteger y controlar la zona? La ONHAE, no; los militares y policía, no; el gobierno, no. Como siempre vamos a escuchar las mismas razones: no hay dinero, no hay bastantes empleados, etc., para controlar el área. Lo bueno es que esta demarcación permite otra vez a los Waorani, conseguir más fondos de las ONG's internaciones. En realidad las obligaciones de la protección de esta área no se han realizado. Nunca existió un control de la zona y no hay un respeto por los derechos humanos de sus habitantes.

- Nadie es capaz de manejar la situación sin incrementar el conflicto en la zona.

Es más seguro garantizar la supervivencia de los Taromenene si se les ofrece otro hogar fuera de la zona del conflicto. Incluso si los Taromenene se van, vivirán más seguros, caso contrario esta zona seguirá como una bomba de tiempo y se darán

más conflictos entre los Waorani y los madereros, petroleros, etc.; el dinero es una obsesión y los Waorani están preparados para hacer lo que sea necesario para conseguirlo. Actualmente, las condiciones favorables por un Ecuador libre de violaciones de derechos humanos y libre de problemas ambientales se ven disminuidas. Ya no son tolerados dentro del país ambientalistas ni activistas de derechos humanos. El país necesita ingresos con el incremento de la pobreza y hay gente en el Ecuador que está dispuesta a cualquier cosa para conseguir una fuente de ingresos.

Los Taromenane han tenido desde hace mucho tiempo problemas genéticos debido a la falta de mujeres en su entorno. Su situación genética ha empeorado con la masacre de los 26 Taromenane, en su mayoría mujeres y niños. Este grupo simplemente no puede sobrevivir con esta falta de mujeres.

LITERATURA CONSULTADA

- Cabodevilla, Miguel A, *Los Waorani en la Historia de los Pueblos del Oriente*, Ediciones Cicame, pp. 145- 458.
- Decorvet-Blocher, Jeanne, *Au Secours des Indiesn Aucas*, Editions-Le Phare, 1978, pp.110-111, 152-153.
- Eaton, Tracey, Northern Star, *Missionaries Won't be Beaten by the Killer Tribe*, 1990.
- Elliot, Elisabeth, *Through Gates of Splendor*, Harper & Brothers, New York, 1957, pp. 97-98, 121, 156.
- Kimerling, Judith, *Crudo Amazónico*, Ediciones Abya-Yala 1993, pp. 101.
- Kimerling, Judith, *Dislocation, Evangelization, and Contamination: Amazon Crude and the Waorani People*, The Latin American Program Number 215, Ethnic Conflict and Governance in Comparative Perspective, Woodrow Wilson International Center for Scholars, 1995, pp. 91-96.
- Ministerio de Medio Ambiente - Union Europea, *Zonas Intangibles de la Amazonía Ecuatoriana. Por La Diversidad Cultural y Biológica*, 1999, pp. 4-6, 15.
- Mondragón, Martha L., Smith, Randy, *Bete Quiwiguimamo. Salvando el bosque para vivir sano*, Ediciones Abya-Yala, 1997, pp. 205-215.
- Ortiz de Villalba, Juan Santos, *Los Últimos Waorani*, Ediciones CICAME, 1984, pp. 199-200.

- Rival, Laura, *Today I Am Going Back to My Father's Land, But Now it is Petrocanada's*, 1991, pp.1.
- Robarchek, Clayton and Carole, *The World & I, Waorani from Warfare to Peacefulness*, January 1989, pp. 625, 631, 634.
- Robarchek, Clayton and Carole, *Aggression and Peacefulness in Humans and Other Primates, Cultures of War and Peace: A Comparative Study of Waorani and Semai*, Oxford University Press, 1992, pp. 194, 205.
- Smith, Randy, *Drama Bajo el Manto Amazónico*, Ediciones Abya-Yala, 2da Edición, 1996, pp. 10-14, 37-38, 88-127, 238-240.
- Valencia, Fernando V., Avila Ariadna R., *Resistencia de un pueblo; el peligro de sobrevivir Tagaeri*, 1998, pp. 22, 38, 43,53, 63-67.
- Yost, James A., *Veinte años de contacto. Los mecanismos de cambio en la cultura Wao (Auca)*, Cuadernos Etnolingüísticos No. 9, 1981, pp. 45-46.

Periódicos consultados

- El Comercio, "Una matanza de 30 tagueiris fue denunciada", Jueves 29 de mayo del 2003, p. A8.
- El Comercio, "El mal tiempo impide verificar una matanza", Viernes 30 de mayo del 2003, p. A6.
- El Comercio, "Una venganza entre clanes está detrás de la matanza", Sábado 31 de mayo del 2003, p. A6.
- El Comercio, "La muerte de 20 Waorani fue por error", Domingo 1 de junio del 2003, p. A3.
- El Comercio, "Supervivencia de los Aucas" (Jaime Bejarano), Martes 3 de junio del 2003. Pp. A4.

- El Comercio, "12 cuerpos lanceados confirman la venganza", Martes 3 de junio del 2003, p. A7.
- El Comercio, "El reconocimiento de la matanza tardó 60 minutos", Miércoles 4 de junio del 2003, p. A6.
- El Universo, "Tagaeri incendiaron cabañas turísticas en represalia por matanza", Lunes 2 de junio del 2003, p. 8A.
- El Universo, "Indígenas piden al Estado que respete sus derechos", p. 1A. "La guerra por una mujer", Jueves 5 de junio del 2003, p. 6^a-7A.
- El Universo, "Waorani advierten inicio de guerra si Fiscalía los enjuicia", p.1A. "Los Waorani ratificaron rechazo a enjuiciamiento", Viernes 6 de junio del 2003, p. 6A-7A.

Otras publicaciones de Randy Smith

Crisis Under The Canopy/Drama bajo el manto amazónico, 1992, Ediciones Abya Yala (edición inglés-español), ISBN 9978-99-090-9.

Manual de Ecoturismo Para La Amazonía Ecuatoriana, 2003, Ediciones Abya Yala, ISBN 9978-04-272-7.

Bete Quiwiguimamo-Salvando el bosque para vivir sano, 1997, Ediciones Abya Yala, ISBN 9978-04-272-5.

3ra. Parte

ALEX RIVAS TOLEDO

CAPÍTULO 6

SISTEMA MUNDIAL Y PUEBLOS INDÍGENAS EN LA AMAZONÍA

A propósito del ataque a los tagaeri¹ Alex Rivas Toledo²

Introducción

Eventos recientes colocaron en el plano público a uno de los pueblos indígenas de mayor trascendencia para la historia de la Región Amazónica ecuatoriana. En mayo de 2003 un grupo de hombres waorani de familias ubicadas en la frontera norte del territorio étnico, incursionó en poblados de clanes no contactados (tagaeri, taromenane u

¹ Publicado en Revista Iconos de FLACSO-Ecuador, Número #19, Septiembre de 2003, Quito.

² El autor es antropólogo ecuatoriano graduado en la Pontificia Universidad Católica del Ecuador-PUCE, Maestro en Antropología Social por el Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social-CIESAS de la Ciudad de México. Trabajó con el pueblo wao entre 1999 y 2001 en proyectos con EcoCiencia-Fundación Ecuatoriana de Estudios Ecológicos.

otros) y alegando una vieja rencilla familiar, dio muerte a 26 personas.³

Los waorani aparecen ante la opinión pública nacional e internacional casi siempre en contextos de violencia: en 1956 con la muerte de misioneros evangélicos en el río Curaray, en 1987 con el lanceamiento del Vicario Apostólico del Aguarico Alejandro Labaka y en varias ocasiones durante los noventa y 2000 con ataques a colonos, petroleros y madereros.

La violencia de los waorani sirvió como idea fundamental para la fijación de una identidad étnica promulgada por la sociedad nacional ecuatoriana dominada por ideas de primitivismo, incivilización y barbarie. En concomitancia, discursos culturalistas contribuyeron a la concepción general de los waorani como un pueblo primordialmente sanguinario e intrínsecamente primitivo.

Este ensayo pretende observar a los waorani en el contexto de la reciente correría de violencia desde una óptica social y política, con la necesaria opción de la antropología social como fuente y criba capaz de dilucidar a las sociedades humanas como sistemas

³ La información al respecto de los hechos es inestable y contradictoria a juzgar por las diversas versiones de prensa, sin embargo usaremos tales materiales como fuente de información. Nota del autor.

sociales en los que se entrecruzan aspectos económicos, escenarios políticos y valores culturales.

El texto busca provocar la discusión al respecto del rol cumplido por los fenómenos de globalización, mundialización y capitalismo histórico en la configuración y desarrollo de los pueblos indios de la cuenca amazónica. Así mismo, se pretende discutir al respecto de los recientes hechos de violencia buscando identificar algunas implicaciones al respecto del devenir de los waorani como actores sociales diferenciados.

Indígenas y sistema mundial

La civilización moderna inventada en los últimos quinientos años se creó enmarcada en un proceso histórico y sociopolítico fundado en lo que Wallerstein (1988) denomina el capitalismo histórico. Eric Wolf (1987) da cuenta de este sistema mundial al describir como mientras en el norte del planeta se afincaba un centro capaz de acumular riqueza y crear tecnología, en las zonas periféricas del mundo civilizado surgían espacios de explotación que suplían de mano de obra y recursos naturales a los centros hegemónicos. La mundialización significó (aún hoy) la adaptación económica, política y cultural de las periferias del mundo a los intereses de reproducción del capital del mundo civilizado.

En este orden cabe preguntar: ¿qué rol ocupan pueblos periféricos sin estado (como el wao) en el sistema mundial?

Algunos antropólogos a lo largo del siglo XX trataron el tema de los pueblos periféricos sin estado e identificaron problemas y repercusiones hacia su continuidad cultural e histórica producto del contacto con agentes de la civilización central, por ejemplo Gluckman (1963) en África, Godelier (1996) y Sahlins (1988, 1979) en Oceanía, Ribeiro (1971, 1996), Cardoso de Oliveira (1972) y Bonfil (1972) en América Latina, por mencionar a algunos de los más connotados.

En América Latina el proceso civilizador impuesto a partir del siglo XV, significó la definición de unas estructuras sociales en las que la subordinación indígena a los intereses del poder colonial, se definió como condición eslabonada a la necesaria acumulación sistémica de riqueza en la metrópoli europea (Dussel, 2001). En el siglo XVIII, este sistema se heredó con algunas modificaciones a las nacientes repúblicas americanas. En los inicios del siglo XXI el sistema mundial aparece en forma de la globalización y mundialización de la economía de mercado.

Tal acumulación de hechos históricos llevó a la definición de “lo indígena” como una categoría que supuso la subordinación y do-

minación de los pueblos nativos a los intereses de clases sociales hegemónicas (Bonfil, 1972). Los pueblos indígenas de América Latina, en independencia de su diversa y múltiple historia, serían atados por el sistema mundial a condiciones de subordinación y subalternidad, procesos atravesados por valoraciones culturales, biológicas y lingüísticas de distinción que sirvieron para marcar diferencias entre las sociedades nacionales blanco-mestizas y los indios.

La idea de modernización supuso el avance racional incontenible de un modo civilizatorio que sin reconocer diferencias geográficas, culturales o sociales, persiguió homogeneizar a las poblaciones nativas de América a imagen de las sociedades nacionales encausadas en procesos de urbanización, industrialización y comercio.

Los pueblos originarios del Amazonas vivieron el proceso de dominación en momentos tardíos del contacto europeo. La mayor parte de grupos étnicos amazónicos son contactados y reducidos a través del período republicano y aún durante gran parte del siglo XX.⁴

La amplia diferencia cultural entre los pueblos amazónicos y los de regiones estatales

⁴ Por ejemplo Ribeiro (1972) informa que entre 1900 y 1950 se contactó a más de la mitad de pueblos indígenas aislados de todo Brasil.

como los Andes o Mesoamérica, junto al apareamiento de las sociedades nacionales republicanas, llevó al surgimiento de numerosos etnocentrismos y estigmas culturales que afincaron prejuicios raciales y sociales frente a los amazónicos. Surgen adjetivaciones como salvajes, primitivos, caníbales o incivilizados para nominarlos. Ser indígena en el Amazonas significó ubicarse en los límites de la periferia; esto si bien permitió una mediana posibilidad de autarquía en las lejanas tierras selváticas, mantuvo viva la idea de la región como espacio cultural en estado natural.

La amplitud de las riquezas naturales y la baja densidad poblacional en la Amazonía la convirtieron en lugar idóneo para la expansión de las fronteras de extracción de materias primas. Tal proceso en un inicio estuvo caracterizado por la explotación de caucho y la búsqueda de minerales como el oro; posteriormente se distinguió por la consolidación de modelos de extractivismo industrial petrolero, minero y forestal.

Se puede afirmar que tanto la clasificación poblacional del Amazonas como zona diferenciada por su estado de naturaleza primitiva, cuanto la explotación de recursos naturales, constituyeron factores que determinaron la definición del rol de los pueblos indígenas en torno del moderno sistema mundial.

Los waorani: contacto y subordinación

Producto de la mundialización, numerosos pueblos indígenas del Amazonas son contactados durante los siglos XIX y XX. Hasta aquellos siglos los waorani de Ecuador no existían como tales, eran conocidos como aushiris, abijirias o záparos (Cabodevilla, 1999; Dubaele, 1997; Rival, 1996). Únicamente se sabía que entre los ríos Napo al norte y Curaray al sur, en un área aproximada de 20 mil km², existían pueblos hostiles al contacto civilizatorio.

Para los waorani el contacto se inicia con el ingreso de misioneros evangélicos del Instituto Lingüístico de Verano (ILV) en la segunda mitad del siglo XX. La primera etapa de contacto estuvo dominada por el rechazo a los “cohuori” (extranjero/caníbal en huaterero), que llevó a la muerte de cinco misioneros en lanzas waorani en 1956. Posteriormente, entre los años sesenta y setenta el ILV mediante una campaña en la que se sirvió de waorani contactados como mediadores lingüísticos, logró reunir a casi todos los clanes del grupo en un Protectorado territorial en Tihueno, Pastaza. Tal experiencia de concentración incrementó la población, creó tensiones interétnicas a la vez que elevó la mortalidad por epidemias. La misión al constatar que su proyecto de represamiento territorial indígena era insostenible, a fines de los setenta optó por alentar la disemina-

ción de la población a través de ríos en una parte del antiguo territorio étnico.

Un efecto importante del contacto civilizador de aquellos años fue que algunos hombres y mujeres waorani organizados en torno a afinidades parentales, huyó de la protección evangélica y evitó con la guerra cualquier tipo de contacto. Surgen así los tagaeri, clan que años más tarde cobraría inusitado protagonismo al dar muerte con lanzas a misioneros católicos capuchinos, petroleros, madereros y colonos quichua. Paralelamente, otros grupos waorani no contactados ni reducidos por la misión evangélica se mantuvieron alejados, posiblemente alguno de estos sea el posteriormente conocido como taromenane (Kimerling, 1996).

En el contexto de expansión del sistema mundial, los waorani surgen con una etiqueta que marca su historia y el futuro de sus relaciones interétnicas: constituir uno de los pueblos amazónicos con mayor violencia intertribal según cálculos del ILV (Yost, 1978). El axioma de un alto índice de mortalidad por eventos de guerra entre los waorani antes del contacto, legitimó la aplicación de planes de contacto y pacificación.

Etiquetados como asesinos, los waorani se tornan motivo de reconocimiento jurídico estatal a través de la dotación de tierras en períodos sucesivos entre 1969 y 1990, alcan-

zando escrituras públicas para 678.220 hectáreas (Rivas, 2001). Tales límites no contenían los originales 20 mil km² de la etnia ocupados en parte por empresas petroleras, colonos mestizos e indígenas quichua, sin embargo representaba la oportunidad de alcanzar una mediana autarquía en los diversos clanes del grupo. Sin embargo tal condición nunca se logró debido a la imposición que acompañó la legalización: el desarrollo petrolero en territorio indígena.

En lo posterior a la dependencia evangélica, la riqueza hidrocarburífera del territorio étnico se tradujo en intervención industrial. A través de los ochenta y noventa los waorani entran en una fase de relaciones con la sociedad nacional a través de empresas transnacionales. Surge entonces el asistencialismo como forma política de relación material y simbólica, se aplican planes y convenios para el etnodesarrollo financiados principalmente por compañías petroleras.

La trayectoria de pacificación en el pueblo wao estuvo signada por la creación de una identidad de violencia que posteriormente sería usada por la intervención industrial y el etnodesarrollo. Versiones antiguas sobre la violencia sumadas a enfrentamientos con *cobuori*, representaron la creación de una distinción identitaria. Esta identidad se afincará definitivamente en los valores na-

cionales y diferenciará a los waorani en el entorno amazónico ecuatoriano.

La guerra amazónica: una categoría sistémica

Guerra, violencia, venganza y muerte han sido temas preponderantes al tratar las sociedades amazónicas. Ocupan espacios en relatos de viajeros, historias caucheras y del oro en el siglo XIX y XX. Hoy son parte de notas de prensa y diversa literatura. La guerra y la violencia surgen como temas al inicio de los períodos históricos de expansión de las fronteras de colonización y explotación de los recursos naturales en la selva tropical amazónica.

Nos detendremos brevemente a discutir la guerra en dos pueblos emblemáticos de la cuenca amazónica por las características atribuidas de violencia interna: los yanomami de Venezuela y Brasil y los waorani de Ecuador, ambos grupos de cazadores-recolectores contactados en el siglo XX. Se pretende cuestionar la idea de salvajismo primordial a cambio de comprender fenómenos de violencia y muerte como construcciones con base en dos procesos: uno, el contacto violento e interesado promulgado por agentes de la modernidad; dos, la influencia de la idea de salvajismo natural en la configuración de identidades étnicas en el Amazonas.

Literatura antropológica temprana sugirió que la guerra intertribal amazónica era producto de constreñimientos ambientales y luchas por recursos de cacería y territorios (Steward, 1955; Harris, 1995). El surgimiento de una antropología de corte neodarwinista impulsó la formación de conceptos que preponderaron la idea de supervivencia del más fuerte. Así, la muerte por correrías de guerra, el infanticidio o el abandono de ancianos, fueron interpretados como comportamientos de adaptación al extremo medio tropical.

Para el caso de los yanomami, la aplicación de marcos conceptuales neodarwinistas llevó a la búsqueda genética del origen de la violencia. Durante las décadas de cincuenta, sesenta y setenta, se colectaron muestras de su sangre a fin de estudiar el aislamiento genético y social que daría paso a fundar la diferencia cultural y explicar al “pueblo feroz”.⁵

Los yanomami fueron objeto de intervención y experimentación a raíz de su contacto con occidente. Mientras su existencia resultaba incómoda para *garimpeiros* (buscadores de oro y piedras preciosas del Amazonas), atraían a investigadores y académicos en busca de explicaciones para su guerrera fama. Compartiendo nicho con la violencia

⁵ Así los denominó Chagnon (1968).

extractivista, científicos norteamericanos se lanzaron en pos de describir, crear y recrear la violencia entre los yanomami; imaginaron que este pueblo era parte del pasado mismo del ser humano (Tierney, 2002).

Años más tarde se conoció que las etnografías de más de 30 años que definían a los yanomami como un “pueblo feroz”, se habían realizado bajo condiciones extraordinarias de violencia e intervención; incluso algunos de los episodios etnográficos que fundaban el concepto de violencia guerrera y odio, habrían sido producto de manipulaciones *in situ* (Tierney, 2002: 51). Se conoció también que paralelamente a la construcción de la imagen étnica de asesinos, los yanomami fueron sometidos a experimentación con vacunas del sarampión lo que ocasionó epidemias mortales (Ibíd).

Para el caso waorani, la violencia y muerte intertribal fueron tratadas como características culturales primordiales. Desde la misión evangélica que condujo su pacificación se estudió el pasado de la etnia a través de la compilación de historias orales que concluyeron que los waorani eran violentos por naturaleza.⁶ A la par de estas investigaciones, la población waorani fue motivo de concentración territorial, fue obligada a cambiar sus hábitos productivos, alimenticios y a modifi-

⁶ De acuerdo a Yost (1978: 11)

car su cosmovisión del mundo. Se los impulsó a asumir un modelo social como indios civilizados.

En lo posterior, variada literatura recogió el modelo identitario de violencia de Yost (1978) y lo adecuó a sus intereses. Empresas petroleras (Maxus, s/a) o empresarios de turismo (Smith, 1996) reprodujeron a su manera el rumor de asesinos creado sobre los waorani.

Observando los casos yanomami y waorani, se puede sugerir que la construcción de sus identidades modernas dependió en extremo de intereses, roles y actividades de agentes externos. Las visiones naturalistas y culturalistas no incluyeron explicaciones sociales ni políticas al respecto de estos pueblos amazónicos, apenas se ocuparon por describir a la violencia, las armas y la cacería como factores centrales de su existencia. El evolucionismo y el culturalismo colaboraron a la creación de un mito moderno primordialista que designa a yanomami y waorani como ancestralmente violentos.

La construcción histórica de la “ferocidad indígena” en el Amazonas contribuyó a la consolidación de procesos de transfiguración étnica. Para los casos yanomami y waorani la categoría indígena recobraría su antiguo carácter de asimetría y subordinación: los amazónicos pasaron a formar parte de las sociedades nacionales como indios civilizados pero a su vez como ciudadanos de se-

gunda categoría, excluidos por su identidad cultural.

El colofón al largo proceso de civilización significó atar a los pueblos indígenas amazónicos al sistema mundial ya sea como reserva de mano de obra en regiones apartadas, o como remanentes históricos de exotismo o primitivismo natural-cultural.

Antropología social, sistema mundial

Escasos han sido los esfuerzos por brindar opciones conceptuales y etnográficas que eviten la visión naturalista y culturalista para los pueblos yanomami y waorani. Para el caso ecuatoriano, durante los noventa Laura Rival realizó una pormenorizada etnografía que preponderó la visión de los waorani como actor social en el contexto amazónico. Producto de este esfuerzo se comprendió que la violencia en el grupo era un factor determinante del orden social (Rival, 1996).

Sin obviar la muerte violenta como una actividad real y simbólica presente en los waorani, Rival definió la existencia entrecruzada de tramas culturales y sociales que dan paso a la reproducción de tradiciones de violencia que se traducen en orden social y en períodos de paz y guerra (Rival, 1996: 77-88).

La influencia del enfoque de la antropología social se tradujo en la profusión de estu-

dios que preponderaron el sistema social, la política y la historia en el estudio de los wao-rani (Narváez, 1996; Toscano, 2001; Rivas y Lara, 2001).

Colocados en un horizonte amplio, siguiendo la propuesta de Wallerstein (Dussel, 2001) de reconocer en la historia del sistema mundial periferias definidas en torno a intereses centrales, se puede sugerir que las teorías de naturalismo evolucionista y ancestralismo de corte culturalista, constituyen categorías occidentales fundadas en el etnocentrismo europeo antes que en realidades empíricas.

Parecería más adecuado pensar en los conflictos interétnicos mundiales (incluidos los amazónicos) como efectos sociales de la colonización y descolonización, del avance en la exfoliación de recursos naturales y de acciones de estado incompletas o inexistentes.⁷

Las sociedades sin estado en América Latina, aparecen en el sistema mundial como sujetos y colectividades con escaso derecho a la alteridad y a una historicidad propia. Lo

⁷ Por ejemplo el caso de la guerra civil en Ruanda que enfrentó a hutu (agricultores) y tutsi (pastores) en los noventa se manejó internacionalmente como un caso de “guerras étnicas ancestrales”. Sin embargo una revisión de estudios tempranos (Maquet, 1952) sugiere que un orden social basado en estratificaciones sociales, militares y feudales adosadas a circunstancias externas, constituyeron caldo de cultivo para tales enfrentamientos.

que en su día Ribeiro (1972) definió “fronteras indígenas de la civilización” para referirse a los indios amazónicos, hoy podría ser redefinido como “fronteras indígenas de la globalización” (Toledo, 2003).

Modelo asistencial y tagaeri

Los waorani contactados viven en la actualidad un período dominado por la profusión de los tratos entre líderes y familias, compañías petroleras y otros actores. Las relaciones se encuentran signadas por el sistema mundial demandante de recursos y el etiquetaje étnico de salvajismo. En este contexto, el *ethos tribal* waorani se define en un juego interrelacional que conjuga intereses propios y ajenos.

Producto de múltiples relaciones y negociaciones, la etnicidad waorani surge atada a un modelo asistencial que emerge como paradigmático y eslabona a la etnia a actividades externas. Los agentes de la modernidad aparecen como contraparte política de los waorani. Se trata de un modelo de administración étnica que afianza su existencia en la necesidad indígena de llenar vacíos en los campos material y simbólico, mientras posibilita el surgimiento político del grupo y permite el flujo de recursos naturales, emblemas simbólicos y elementos folclórico-culturales hacia el exterior (Rivas y Lara, 2001: 47-70).

Este moderno modelo de administración étnica cuenta con algunas fisuras, quizá la más importante sea la falta de sustentabilidad en el tiempo al estar sujeto a la disposición de recursos naturales no renovables, petróleo principalmente (Ibíd). Otra importante fisura constituiría la existencia de grupos waorani no contactados, cuyo rechazo a la civilización impacta en el *status quo* dependiente y subordinado de las familias contactadas.

Para los waorani transfigurados la presencia de grupos no contactados en limitadas regiones de selva, significaría a destiempos la oportunidad de defensa territorial, pero también la imposibilidad de ampliación de las actividades externas que permiten su actual reproducción política y económica.

Los eventos de mayo de 2003

La comunidad de Tigüino ubicada en Pastaza, al final de la vía El Auca, se formó en los años 80 con waorani procedentes de Golondrina y Zapino, antiguos asentamientos al interior de Pastaza (Rival, 1996: 27). Su líder desde entonces fue Babe, uno de los hombres adultos de la etnia.

Babe representa la cabeza visible de una extensa familia ampliada, atravesada por las compulsiones del cambio cultural y en permanente contacto con agentes de la moder-

nidad. Un antiguo emplazamiento petrolero y la presencia del río Tigüino, son factores estructurales para la adscripción de los ba-beiri al modelo asistencial predominante en los waorani. Las instalaciones petroleras aseguran convenios entre waorani y empresas, a su vez el río constituye la puerta de entrada de turistas y taladores de madera. Estas actividades redundan en la definición de estrategias de hombres y familias de la comunidad para alcanzar beneficios materiales, financieros y simbólicos.

Tigüino al ubicarse en los límites mismos del territorio étnico, representa un atractivo importante para agentes externos en búsqueda de riquezas naturales o exotismos culturales. Su cercanía a la Zona Intangible Tagaeri-Taromenane⁸, provocó que familias de la localidad buscasen durante los noventa el acercamiento hacia los grupos no contactados. A la curiosidad de los propios waorani de Tigüino, se sumaron presiones externas que pretendían documentar o convertir en tema publicitario la vida de los salvajes (Cabodevilla, 1999).

Paralelamente, tagaeri, taromenane y quizá otros clanes waorani, cobraban importancia por los reportes de su rechazo violento a la presencia de *cobuori* en sus territorios.

⁸ Figura de área natural protegida creada en 1999 a través de un decreto presidencial.

Esto supuso que estos grupos se convirtieran en obstáculo para las actividades petroleras, madereras y de turismo desplegadas en la región de Tigüino.

En este contexto relacional, compulsiones externas sumadas a factores culturales y simbólicos se tradujeron en eventos reales de conflicto entre waorani de Tigüino y tagaeri. En 1993 un grupo de Tigüino ataca, roba una mujer tagaeri y se apodera de lanzas, shigras y otros objetos. En un acto de amistad impulsado por misioneros capuchinos, los atacantes devuelven a la mujer pero pierden uno de sus miembros en una emboscada tagaeri (Cabodevilla, 1999). Diez años después⁹, nueve waorani de Tigüino y otras localidades, aduciendo venganza por el difunto de 1993, invaden un asentamiento (en apariencia) tagaeri y lancean a por lo menos 26 miembros de aquella familia entre hombres, mujeres y niños; también decapitan uno de los cuerpos, incendian la casa, roban hamacas, lanzas y aves.

Recordando que los waorani definen sus relaciones interétnicas sobre la base de las relaciones asimétricas que mantienen con agentes modernos, cabe sugerir que la rivali-

⁹ Siguiendo las versiones de la prensa escrita ecuatoriana, ediciones electrónicas de diarios El Universo, El Comercio, Hoy, Expreso, Extra y La Hora entre los días 29 de mayo y 10 de junio de 2003.

dad entre los *babeiri* y los *tagaeri* se fundó sobre la base de intereses externos negociados con familias contactadas.

Efectos e implicaciones

Sería limitado desligar el ataque y muerte de los *tagaeri* (o *taromenane*) del contexto sociopolítico creado alrededor de la explotación de los recursos naturales de la región amazónica ecuatoriana. Intereses y actividades petroleras son antiguas en el área de Tigüino, lo son también las de desarrollo turístico. En los últimos años un nuevo actor externo se sumó a los anteriores: grupos de madereros interesados en la riqueza forestal del área (Rivas y Lara, 2001: 86).

La riqueza de recursos petroleros y forestales contenidos en territorio *waorani* conllevan la creación de un permanente estado de inestabilidad en la región. Periódicos vuelos de helicópteros petroleros, incursiones turísticas a través de ríos y el montaje de campamentos para la tala de bosques¹⁰, crean una sensación de constante ampliación de las actividades externas.

El pueblo *wao*, incluidos los pobladores de Tigüino, como dueños de la tierra y de

¹⁰ Según se informa en el Plan de Manejo del Territorio *Waorani* (Lara, *et al.* 2002) y Narváez (2003).

los pasos de la selva, encuentran en los agentes externos la posibilidad de surgimiento de liderazgos (grandes hombres) y el alcance de beneficios materiales a cambio de otorgar licencias para el ingreso de forasteros (Rivas y Lara, 2001: 58).

Un efecto de estas condiciones es la ocurrencia cada vez más frecuente de eventos violentos que envuelven a waorani, petroleros y madereros.¹¹ Según Rival (1996: 74) a mayor intervención externa y contactos violentos con la modernidad, las posibilidades de guerra interna podrían aumentar entre los waorani.

Si bien existió una rencilla intraétnica con base cultural entre babeiri y los tagaeri a partir del evento violento de 1993, los tagaeri pudieron ser odiados no solo por este motivo, su presencia representaba un límite a las actividades forestales y de turismo que familias de Tigüino aprovechan para conseguir bienes, favores o empleo.

A partir de la muerte de 26 tagaeri o taromenane, se agudiza la posibilidad de que la región de Tigüino y otras del territorio waorani ingresen en un período de venganzas y

¹¹ En Tigüino se registran eventos violentos recientes: en 2000 un petrolero lanceado; en 2002 cinco madereros habrían sido lanceados por *tagaeri*; también en 2002 un accidente provocado por canoas madereras dejaron como saldo una mujer waorani muerta y varios heridos.

guerra entre aquellos que se sienten afines a los tagaeri y los que no. También se crean nuevas condiciones para que las familias no contactadas de los asesinados tomen represalias y busquen dar muerte a los que consideren responsables de la masacre.

Este ambiente de guerra puede ser visto de dos maneras: como una guerra culturalista en que los waorani aplican su justicia a la manera ancestral, o como un verdadero conflicto regional que vincula a más actores que los guerreros relacionados en la muerte de los tagaeri.

La fuerza de los hechos históricos nos inclina a observar los eventos como un verdadero conflicto regional. La guerra “ancestral” ocurre en medio de un auge extractivista. Los waorani enfrentan una época de relaciones con la sociedad nacional en la que su rol y etnicidad se definen atadas a las lógicas de ocupación territorial de la región amazónica ecuatoriana dominadas por el extractivismo capitalista, la declaratoria legal de áreas protegidas, la ausencia de planificación y un escaso reconocimiento de los de derechos indígenas (Rivas, 2001).

En términos de la constitución nacional y los derechos colectivos de los pueblos indígenas reconocidos en 1998, la masacre de los tagaeri provoca una discusión acerca de

los límites y alcances tanto de la justicia ordinaria como de la tradición indígena.

Es importante notar como en torno a posibles procesos legales, los waorani de Tigüino argumentan exclusivos motivos tribales para justificar el ataque, la venganza por la muerte de uno de ellos basta para justificar el ataque de 2003. El discurso waorani de Tigüino se torna esencial y culturalista. Hacer referencia solo a la tradición de muerte, podría llevar a que desaparezcan las opciones de enlazar lo sucedido con situaciones comunitarias particulares de Tigüino y con condiciones regionales del territorio waorani.

Agentes de la ley ecuatoriana, fiscales, peritos y funcionarios judiciales, sin ver más allá de la masacre, ofrecen impartir justicia sin mediar opciones de análisis o revisión de antecedentes históricos. Parecería que la justicia nacional ecuatoriana no mide las repercusiones de una posible represión legal para los presuntos culpables. Una eventual persecución policial en Tigüino provocaría aún más violencia.

En contraste, la ONHAE (Organización de la Nacionalidad Waorani de la Amazonía Ecuatoriana) se muestra decidida a asumir una visión crítica del evento, se opone a la actuación de la justicia ordinaria pero condena los ataques y pretende llevar a cabo un

consejo de ancianos waorani (*piquenani*) a fin de castigar o perdonar a los babeiri.¹²

La ONHAE aparece ante los eventos como nodo representativo del pueblo wao, sin embargo carece de poder al tratarse de una organización política más funcional al desarrollo petrolero que a la construcción de un proyecto de reivindicación política.

De aplicarse sanciones legales a los waorani identificados como culpables de la masacre, cabría preguntar: ¿porqué la ley ecuatoriana tiene voluntad de actuar en conflictos de ámbitos indígenas y no en otros temas como demandas a petroleras por daños ambientales, corrupción en contratos petroleros o incursiones madereras?. La respuesta está direccionada por la ubicación de los pueblos indígenas en el actual sistema mundial: constituyen colectivos atados a los sistemas de la civilización moderna sin importar su historia, valores culturales o condiciones sociopolíticas.

Una pronta compilación de los eventos a través de las versiones de prensa difundidas por periódicos ecuatorianos al mundo en el Internet, da cuenta de cómo el ataque contra

¹² Armando Boya, Presidente de ONAHE: “Pedimos la no intervención de las autoridades, fiscales y jueces, en el caso de la matanza. Que sean únicamente la ONAHE y su consejo de ancianos los que sancionen, si así deben hacerlo”, El Universo 24 de junio de 03..

los tagaeri aviva los prejuicios de la sociedad nacional al respecto de los indios y el espacio amazónico. “Primitivismo”, “indios sin ley”, “agresivos”, “nómadas” y “pueblos guerreros”¹³ son algunas de las palabras y frases que acompañan los escenarios públicos de representación de lo étnico amazónico.

Parecería que pueblos indígenas en la conciencia nacional transitan entre el reconocimiento desde un culturalismo cercano al folclore (visión de los indios que prepondera distintores esenciales como lengua, vestido o tradición) y la negación de su alteridad y derechos a través de prejuicios raciales, lingüísticos y sociales. Observar a la sociedad nacional de frente a los waorani sugiere que los indígenas, en especial los amazónicos representan la periferia y los límites de la civilización y aspiraciones modernas ecuatorianas.

Palabras Finales

Exponemos preguntas a manera de epílogo, ¿es la guerra intertribal amazónica un efecto de la hecatombe producto del avance de la modernidad?, ¿podrán los clanes waorani reconfigurar su cotidianeidad hacia períodos de paz luego de los eventos de mayo

¹³ Breve revisión de la prensa escrita ecuatoriana, ediciones electrónicas de diarios El Universo, El Comercio, Expreso, Extra entre los días 29 de mayo y 5 de junio de 2003.

2003?, si así lo hacen, ¿cómo sucederá esto?, ¿podrá la ONAHE construir un proyecto político propio aunque envuelta en intereses transnacionales y políticos diversos?, si ocurre, ¿cómo lo logrará?

Las respuestas a estas interrogantes se despejarán en el curso de los eventos de los siguientes meses y años. Nuevos análisis dependerán del diseño y la ejecución de renovados estudios etnográficos, pero ante todo del desarrollo de nuevos paradigmas para enfrentar el complejo entorno indígena amazónico.

Posiblemente estudios multidisciplinarios enmarcados en los conceptos de sistema mundial y globalización como referentes imponderables de análisis, brinden nuevas luces interpretativas y posibiliten el trazo de líneas de acción acorde con las realidades etnográficas y políticas contemporáneas.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Appadurai, Arjun, *La modernidad desbordada. Dimensiones culturales de la globalización*, Ediciones Trilce, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2001.
- Bonfil, Guillermo, *El concepto de indio en América: una categoría de la situación colonial*, Anales de Antropología, Volumen IX, México, 1972.
- Cabodevilla, Miguel Ángel, *Los waorani en la historia de los pueblos del Oriente*, CICAME, Coca, 1999.
- Cardoso de Oliveira, Roberto, *Urbanización y tribalismo*, Instituto Indigenista Interamericano, México, 1972.
- Chagnon, Napoleon, *Yanomamo. The Fierce People*, Holt, Rinehart and Winston, Estados Unidos, 1968.
- Dubaele, Bertrand, *Los waorani y el desafío de la modernidad*, FEPP, OIT, Sin edición, Ecuador, 1997.
- Dussel, Enrique, "Beyond Eurocentrism: The World-System and the Limits of Modernity", en *The Cultures of Globalization*, Jameson Fredic y Miyoshi Masao, editores, pg. 3-31, Duke University Press, Nueva York, Durham, Carolina del Norte, 2001.
- Gluckman, Max, *Order and Rebellion in Tribal Africa*, The Free Press of Glencoe, Nueva York, 1963.
- Godelier, Maurice, *La producción de Grandes hombres. Poder y dominación masculina entre los Baruya de Nueva Guinea*. Ed. Akal/Universitaria, Madrid, 1996.

- Harris, Marvin, *Antropología Cultural*, Alianza Editorial, Madrid, 1995.
- Kimerlig, Judith, *El derecho del tambor*, Abya Yala, Quito, 1996.
- Lara, R., Pichilingue, E., Narváez, R., Moreno, P., Sánchez, G., Hernández, P., *Plan de Manejo de Territorio Waorani*. Proyecto SUBIR (CARE) - EcoCiencia - ONHAE, Quito. Documento sin publicar. 2002.
- Maquet, J., “El problema de la dominación tutsi”, en *Antropología Política*, Llobera José ed., pg. 317-322, Anagrama, Barcelona, 1979.
- Maxus Inc., *Procedural Manual for the Waorani Territory*, Orientation Program Community Relations, Quito, s/a.
- Narváez, Iván, *Waorani vs. Maxus. Poder étnico vs. poder transnacional*. Fundación Ecuatoriana de Estudios Sociales, Quito, 1996.
- Narváez, Roberto, Participación en el Foro Electrónico: “Conflicto huao-tagaeri: el papel de la justicia ordinaria en el resguardo de los derechos colectivos de los pueblos indígenas”. Red Ecuatoriana de Antropología Jurídica, FLACSO, Sede Ecuador. 25 de Junio de 2003.
- Ribeiro, Darcy, *Os Índios e a Civilização*, Ed. Companhia das Letras, Sao Paulo, 1996.
- Ribeiro, Darcy, *Fronteras indígenas de la civilización*, Siglo XXI, Barcelona, 1971.
- Rival, Laura, *Hijos del sol, padres del jaguar. Los Waorani de ayer y hoy*, Abya Yala, Quito, 1996.
- Rival, Laura, “Los indígenas waorani en la conciencia nacional”, en *Imágenes e Imagineros*, Blanca Muratorio, editora, FLACSO Sede Ecuador, 1994.
- Rivas, Alex, “Lógicas de ocupación territorial en la región amazónica del Yasuní: el territorio indígena

- Waorani”, en *Memorias del Seminario Taller Conservación, Desarrollo y Etnicidad en el área del Parque Nacional Yasuní*. Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura UNESCO, Wildlife Conservation Society-WCS, Ministerio del Ambiente de la República del Ecuador. Quito-Ecuador 2001.
- Rivas, Alex y Lara, Rommel, *Conservación y petróleo en la Amazonía Ecuatoriana. Un acercamiento al caso waorani*, EcoCiencia-Abya Yala, Quito, 2001.
- Sahlins, Marshall, *Islas de historia. La muerte del capitán Cook Metáfora, antropología e historia*, Gedisa, Barcelona, 1988.
- Sahlins, Marshall, “Hombre pobre, hombre rico, gran hombre, jefe: tipos políticos de Melanesia y Polinesia”, en *Antropología Política*, Llobera Jose ed., pg. 267-288, Anagrama, Barcelona, 1979.
- Smith, Randy, *Drama bajo el manto amazónico*, Abya-Yala, Quito, 1996.
- Steward, Julian H. *The Theory of Cultural Change: The Methodology of Multilinear Evolution*. University of Illinois Press, Urbana, 1955.
- Tierney, Patrick, *El saqueo del El Dorado*, Grijalbo, Barcelona, 2002.
- Toledo, Victor, “Participación en la Mesa sobre Los Movimientos Indígenas y el Proceso de Globalización Económica” (grabación magnetofónica), Universidad ARCIS-Chile, Jornadas Latinoamericanas Movimiento Indígena, Resistencia y Proyecto Alternativo, Universidad de la Ciudad de México, Universidad Autónoma de México, Benemérita Universidad de Puebla, Centro de Estudios Latinoamericanos de la UNAM, 29 de mayo, México, 2003.
- Toscano, Morales, Santiago, *Violencia, dispositivos de gobierno y el desarrollo socioambiental: una genealogía sobre la construcción de la naturaleza*

- espacial y el espacio social en la población Waorani*, Pontificia Universidad Católica del Ecuador, Tesis de Grado, Facultad de Ciencias Humanas, Departamento de Sociología, Quito, 2001.
- Wallerstein, Immanuel, *El capitalismo histórico*, Siglo XXI, México, 1988.
- Wolf, R. Eric, *Europa y la gente sin historia*. Fondo de Cultura Económica, México. 1987.
- Yost, James, *El desarrollo Comunitario y la Supervivencia Étnica. El caso de los Waorani, Amazonía Ecuatoriana*. Cuadernos Etnolingüísticos, Nro. 6, Instituto Lingüístico de Verano, Ministerio de Educación y Cultura del Ecuador, Quito, 1978.